

PUNTO

ROJO

R. ZABALA



# LA VIUDA VISTE DE ROJO

clark carrados



# LA VIUDA VISTE DE ROJO

**CLARK CARRADOS**

**LA VIUDA VISTE  
DE ROJO**

**1.<sup>a</sup> EDICIÓN  
JUNIO - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

**CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL**



DEPOSITO LEGAL B 11511 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS  
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 670 — Río Furias.
- 725 — La mina fantasma.
- 738 — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 611 — Muerte por correspondencia.
- 615 — Sonata de sangre.
- 618 — La espada y la balanza.

En Colección BUFALO:

- 382 — Círculo de odio.
- 398 — El tren de las 7'30.
- 438 — Capitán fracaso.

En Colección CONGO:

- 6 — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

- 279 — El honor de un pistolero.
- 297 — El juez Damas.
- 307 — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

- 233 — El parador del infierno.
- 240 — Doble rescate.
- 294 — Comerciantes en baías.

En Colección COLORADO:

- 83 — Cita en el desierto.
- 106 — ¡Bandidos!
- 128 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

- 204 — La hija del sheriff.

En Colección PUNTO ROJO:

- 5 — Los murciélagos.



# La VIDA vista de ROJO

por CLARK CARRADOS

## CAPÍTULO PRIMERO

Escribo esta historia para huir de mí mismo y de los recuerdos que me atosigan continuamente, no solamente en estado normal, sino incluso en mi subconsciente, pues hasta cuando duermo, la jauría de feroces lobos que son esos recuerdos, se arrojan sobre mi cerebro, intentando devorarlo con sus dentelladas que no cesan apenas un minuto.

Me parece imposible, después de las terribles experiencias vividas, estar aún sano y salvo. Sano de cuerpo, pero con la mente todavía enferma, afectada por los acontecimientos en que, de un modo casi involuntario, tomé parte no hace mucho tiempo, como uno de los principales protagonistas. Tengo confianza, no obstante, en que el tiempo, un magnífico aliado, y el profundo amor y devoción de mi esposa, me ayuden y hagan de mí el hombre que era antes de los sucesos que me propongo narrar.

A pesar de todo, falta mucho tiempo aún para que mi espíritu se vea limpio de esas horrendas y turbadoras visiones que me acusan sin cesar. Es rara la noche que no me despierto, en la mitad de su transcurso, sentado en la cama, empapado de sudor de arriba abajo, sacudido por las pesadillas que no consigo alejar de mi cerebro por más esfuerzos que hago. Y cada vez que me sucede tal cosa, me parece verme de nuevo, como si todo fuera real y tangible, en aquella espantosa situación que estuvo a punto de acabar con mi vida e incluso, aun habiendo salvado ésta, con mi razón.

Pero al lado está mi esposa, la cual, con palabras tiernas y tranquilizadoras, acaba por devolver a mi espíritu el reposo deseado. Toma mis manos entre las suyas y, murmurándome dulces palabras al oído, consigue dormirme, como si en lugar de ser un hombre hecho y derecho, fuese un niño de tierna edad.

El ruido de las olas bate continuamente el ambiente. Frescas rachas de viento penetran por la ventana abierta, y por el día, un sol radiante, deslumbrador, brillando como una joya de fuego en un azul sin una mancha, vienen a decirme que todo lo amargo ha pasado ya. El clima del lugar en que nos hallamos, reponiéndonos de los desastres pasados, es sumamente benigno, muy distinto de aquel sombrío y plomizo de la costa atlántica en donde se produjeron los hechos que son objeto de esta relación.

También mi esposa tuvo parte principal en tales sucesos. Pero ella, gracias a Dios, disfruta de un magnífico temple de ánimo, aparte de que no corrió los graves riesgos en los cuales yo me vi envuelto. Sin embargo espero que estas vacaciones, cuyo término ignoramos, continúen hasta que mi salud mental haya vuelto a ser la de antes y hasta que mis labios sepan distenderse en una sonrisa franca y ancha, en lugar de estar, como ahora, casi de continuo contraídos en un duro rictus de amargura, que apenas si consigue borrar las continuas atenciones de mi esposa.

Y después de este breve exordio, creo que lo mejor será empezar con la historia.

## CAPÍTULO II

Todo tuvo su principio, cuando la agencia de colocaciones en donde yo me había inscrito, me envió al hotel «Dixie», en la Calle cuarenta y tres, a un paso de Times Square, con el encargo de buscar al señor Leary Schluss y ponerme de acuerdo con él, pues, según el agente, yo era el hombre que el dicho señor Schluss estaba necesitando.

Y yo necesitaba el empleo más que el desierto de Sahara un buen chaparrón, pues todas mis reservas monetarias consistían en un dólar, del cual hube de gastar casi la mitad en el transporte hasta el «Dixie», quedándome unos sesenta centavos con los cuales habría de procurarme la cena, en el caso de que mi aspecto y condiciones no satisficieran al señor Schluss.

En recepción me indicaron el número de su habitación a cuya puerta llamé un minuto más tarde. Un hombre grueso, de tinos cincuenta años, aspecto rebosante de salud y rostro aniñado, en el cual campeaba casi de continuo una larga sonrisa, fue el que abrió contestando a mi llamada.

—Busco al señor Leary Schluss —dije.

Por unos instantes, el gordo me estudió concienzudamente. Tardó un poco en recorrer mis ciento ochenta y tres centímetros de estatura, los anchos hombros, mi pelo castaño, los ojos azules y las mandíbulas salientes, que no indicaban tanta firmeza como podía suponerse a primera vista. También se dio cuenta de mis ropas ya no nuevas, aunque limpias, y una vez que hube soportado en silencio su escrutador examen, sonrió y dijo:

—Supongo que es usted el señor Mac Bliss, el hombre de quien me ha hablado la agencia de colocaciones.

—En efecto, señor Schluss —contesté—. Barnard Mac Bliss, para

servirle.

El gordo se echó a un lado.

—Me parece que usted es un buen chico —dijo—. Pase, por favor.

Penetré en la estancia y permanecí en pie en tanto Schluss tomaba una caja de cigarrillos y me la alargaba, Tomé uno y lo fumé con placer, pues hacía casi veinticuatro horas ya que no lo hacía: siempre he considerado más interesante el comer que fumar, y este lujo, últimamente, no había podido permitírmelo.

—Creo que en la agencia ya le han anticipado algo, ¿no es así? —Y ante mi asentimiento, Schluss prosiguió—: Bien, señor Mac Bliss, se vendrá conmigo, contratado, con el sueldo que le dijeron. Tendrá que hacer de todo un poco, recuérdelo; lo mismo de mayordomo, que de chofer o jardinero. ¿Entiende de mecánica?

—Bastante —murmuré, tragándome mi título de ingeniero industrial, para no abochornarme a mí mismo.

—¡Magnífico, Barnard! Dispense que le llame así, pero en lo sucesivo, ése será su tratamiento.

Murmuré unas palabras corteses y el gordo siguió:

—Le pregunté si sabe de mecánica, porque el lugar a donde nos dirigimos está situado en el campo, aislado, y la luz nos la proporciona un generador propio, el cual tiene la mala costumbre de averiarse cuando menos se lo espera uno. Además, hay un coche que conducir y... ¿Tiene en regla su patente?

—Sí, señor Schluss.

—Perfectamente. El coche, pues... el mío, está abajo, en el garaje del hotel. Aquí tiene su llave. Baje y repáselo, repostándolo de gasolina y aceite.

—¿Quiere decir eso... que ya soy su empleado, señor Schluss?

—Por cierto que sí, Barnard. Ah —dijo el voluble obeso, metiendo mano al bolsillo, del que sacó unos billetes—. Tome usted: necesitará pagar el combustible y un par de neumáticos de repuesto, que acaso necesitamos. Téngalo preparado para dentro de..., ¿digamos dos horas? El mecánico del garaje le indicará cuál es el coche; usted debe limitarse a decir que es mi mayordomo, ¿entiende?

—Sí, señor Schluss.

—Bien, bien, vaya y no pierda tiempo, Barnard —dijo el gordo,

empujándome a la puerta, al mismo tiempo que continuaba hablando sin cesar—. Verá que sobra dinero; ese resto será una especie de anticipo de sus haberes. Dentro de dos horas, ¿eh?

Me encontré en el pasillo con ciento cincuenta dólares en la mano y unas llaves de coche, completamente aturdido. Diez minutos, antes no sabía dónde iba a pasar la noche ni siquiera si iba a poder cenar, y ahora me encontraba dueño de una, para mí, pequeña fortuna. Ganas me entraron de apropiarme del dinero, pero resistí la tentación. ¿Qué es lo que hubiese sido mejor para mí?

## CAPÍTULO III

Era ya de noche cerrada cuando llegamos a nuestro punto de destino, situado en determinado punto de Long Island y, como muy bien había dicho el señor Schluss, completamente aislado de todo cuanto supusiera proximidad humana.

Las nubes, muy bajas, corrían velozmente arrastrar tías por un desagradable viento atlántico, dejando ver, de tanto en tanto, algún pálido rayo de luna en su menguante. Schluss me había dirigido en tanto yo conducía, y casi sin darse cuenta, dio la orden de alto.

Los faros del coche iluminaron de lleno una ancha puerta enrejada, de gruesas barras de hierro, con la cual se hubiera tenido dificultades un tanque pesado de asalto. A lo lejos, fuera ya del alcance de los focos, la poca luz que daba el satélite, me permitió ver la negra silueta de un edificio de buen tamaño, en el cual destacaban tres o cuatro puntitos amarillentos de luz, que correspondían a otras tantas ventanas. La casa, desde allí me pareció sombría y lúgubre, aunque con aquel escenario, no podía haber nada alegre.

Después de haber tocado la bocina un par de veces, por indicación de Schluss, salté del coche y aguardé. El frío del viento que soplaba me hizo estremecerme y vi claramente el vapor condensado de mi respiración. Esperé hallar una buena calefacción en la casa, pese a lo secundario de mi empleo, y cuando más distraído estaba, unos sonoros ladridos, rompieron el relativo silencio de la noche.

—¡Ah, ya están ahí! —dijo Schluss, sobresaltándome, pues no lo había oído llegar. A pesar de su volumen, se había movido tan silenciosamente como una anguila en un fondo de barro.

Los ladridos aumentaron de tono, hasta que, de pronto, una voz

los hizo callar.

—¡Quietos! ¡«Satán»! ¡«Fuego»!

El estrépito de los canes cesó instantáneamente al oírse aquella voz, en cuya energía se veía una buena dosis de suavidad. Pero, no sé por qué, el tono de las palabras del hombre que acababa de hablar, me desagradaron profundamente.

Los faros del automóvil continuaban encendidos, y no tardó mucho en aparecer ante ellos la imagen de un individuo, cuyo aspecto me pareció correspondía exactamente a su voz. En la mano derecha sujetaba las correas de dos perros, de espantable apariencia, los cuales se adivinaban excitadísimos, gruñendo sin cesar, al mismo tiempo que tiraban fieras dentelladas a las correas que les sujetaban. El chasquido de aquellos dientes, cerrándose en el vacío, hizo correr un escalofrío a todo lo largo de mi espina dorsal, sin que yo pudiera evitarlo.

—¿Es usted, Schluss? —dijo el recién llegado.

—El mismo, profesor —contestó el aludido—. Aquí traigo a nuestro nuevo fámulo. Creo que hemos hecho una buena adquisición, ¿sabe?

—Para eso le envié a Nueva York, Schluss —dijo el otro secamente, y, desde aquel momento, no me cupo la menor duda acerca de quién era el que mandaba allí—. ¿Ha traído lo que le encargué?

—Por supuesto, profesor. Aquí, en el coche...

Se oyó el ruido de una cerradura y yo, precavidamente, me retiré a mí asiento en el coche, justo en el momento en que la verja acababa de abrirse. Schluss me imitó, y no tardó mucho en asomarse por una de las ventanillas el rostro del hombre a quien había oído llamar profesor.

—Lleve el coche a la puerta de la casa —me dijo lacónicamente, y luego miró al gordo—: Yo iré ahora, Schluss.

—Como usted disponga, profesor —repuso éste, a quien había parecido desaparecer todo rastro de buen humor—. ¿Vamos, Barnard?

Puse en marcha el coche, cuyo ruido no me impidió escuchar un par de crujientes dentelladas de los canes, y pasé al otro lado de la tapia, siguiendo luego por un camino enarenado, que me llevó, cien metros más allá, a una pequeña plazoleta en uno de cuyos costados

se hallaba el edificio.

No había otra luz allí fuera de la de mi coche, y así no pude ver gran cosa de la estructura de aquella casa excepto que me pareció tan vieja como sólida; una especie de «manor» inglés, trasplantado al Nuevo Mundo. Por indicación de Schluss saqué un par de paquetes de buen tamaño y mejor peso, que éste había colocado en el compartimiento posterior del coche, y subí la media docena de escalones que separaban el suelo del pórtico, el cual se hallaba sostenido por cuatro gruesas columnas de casi tanta altura como el edificio. Una ancha puerta, de sólida madera, cerraba el acceso y me vi obligado a esperar a Schluss, el cual no tardó mucho en reunirse conmigo, sudoroso y jadeante, pese al frío viento que no dejaba de soplar un instante.

—¡Condenados perros! —le oí mascullar entre dientes, y casi al momento, como si los hubiera conjurado, los canes aparecieron allí, pegándome un susto de muerte.

Pero la mano del profesor era firme y sostenía con firmeza las correas. Increpó nuevamente a los mastines, cuyo peso calculé no inferior a los ochenta kilos, haciéndolos callar en el acto.

Cambiándose las correas de mano, el profesor extrajo una llave de su bolsillo, con la cual abrió la puerta. La luz del vestíbulo alumbró entonces la escena y no pude menos de arrojar una ojeada a aquellas fieras, cuyos ojos, inyectados en sangre, nos miraban a Schluss y a mí con un odio infinito, imposible de describirse con palabras.

—Pasen dentro —dijo el profesor, y yo obedecí más que aprisa, cargando con los paquetes, cuyo peso, con tal de huir de los mastines, me pareció más liviano que nunca. Schluss me había precedido, y cuando los dos estuvimos dentro, el profesor se inclinó y liberó a los perros de sus traíllas.

—¡Largo, «Satán», «Fuego»! —les ordenó, y los perros, enseñándonos los dientes amenazadoramente, retrocedieron. Después, dieron una repentina y simultánea media vuelta y echaron a correr por el parque que rodeaba la mansión, dando grandes saltos y lanzando unos aullidos que helaban la sangre en las venas. Empecé a respirar cuando se hubieron esfumado en las tinieblas.

Entonces miré al que Schluss había llamado profesor.

Era éste un hombre de elevada estatura, tanto o más que yo,

muy delgado, vestido con cierta descuidada elegancia; pero lo que más llamaba la atención en él eran los ojos que había bajo dos picudas cejas, y que brillaban con un fuego interior que les hacía parecer sendas brasas de carbón ardiendo. El rostro largo, delgado, y su nariz un tanto aguileña contribuían a darle un cierto aire mefistofélico que desagradaba profundamente apenas se le miraba.

Pero yo hice caso omiso de mis sentimientos; allí no era más que un asalariado y como tal tenía que comportarme. Procurando, pues, dar a mi persona un aspecto humilde, aunque sin excesivos servilismos, soporté impávido el incisivo examen del profesor.

—Supongo que el señor Schluss le habrá enterado de sus obligaciones, ¿no es así?

—Muy cierto, señor —contesté.

—Llámeme profesor —dijo secamente mi interlocutor—. Soy el profesor Lawrence Montague. ¿Cuál es su nombre?

Se lo dije.

—Muy bien —continuó el profesor—. No se preocupe de los paquetes ni del coche. Éste lo meteré yo mismo en el garaje. Ahora, Barnard, le voy a hacer una advertencia muy seria.

—Estoy a sus órdenes, profesor —repuse.

—No haga ninguna pregunta que no pueda ser contestada. Límitese en todo momento a las obligaciones de su empleo, la menor violación de los cuales dará lugar al despido inmediato, fulminante.

—Sí, señor.

—Profesor, le he dicho antes, Barnard. No tengo ninguna otra advertencia que hacerle... excepto que, a partir de la puesta del sol y hasta el amanecer, no se le ocurra salir de casa. «Satán» y «Fuego» le devorarían antes de que usted pudiera levantar un dedo. Y «Satán» y «Fuego» sólo me obedecen a mí, ¿entiende?

—Sí, profesor.

—Muy bien, pues, Barnard. Me agrada su aspecto y creo podré quedar satisfecho de sus servicios. ¡Ah, señora Elliwan!

Volví a medias la cabeza y pegué un respingo. ¡Diablos!, en aquel momento hubiera jurado que un fantasma acababa de filtrarse por entre las gruesas paredes de la casa.

Pero no, no era ningún fantasma aquella mujer de esquelética anatomía, de pómulos salientes y negras pupilas hundidas en unas

profundas huecas, cuyas sarmentosas manos sostenían un pequeño manojito de llaves. Se había acercado en completo silencio y permanecía allí, en pie, con la vista levemente bajada, aguardando con actitud humilde las instrucciones que el severo profesor tuviera a bien darle.

—Señora Elliwan —dijo Montague—, éste es el nuevo mayordomo, el señor Barnard Mac Bliss. Barnard, la señora Elliwan, mi ama de llaves.

Los dos murmuramos a la vez sendas frases de cortesía. Montague dijo entonces:

—Señora Elliwan..., cuídese usted de acomodar a Barnard y de enterarle de sus más inmediatas obligaciones. ¡Buenas noches, Barnard!

—Buenas noches, profesor —contesté inclinándome profundamente.

La señora Elliwan echó a andar delante de mí, deslizándose como si resbalara en lugar de caminar y yo la seguí.

Atravesé el amplio vestíbulo, cuyos muebles se veían antiguos, pero todavía en muy buen estado y de sólida factura, y la señora Elliwan se encaminó hacia una puertecita situada en el fondo, que supuse, acertadamente, daba a las habitaciones de servicio. Antes de atravesarla, tuvo tiempo, sin embargo, de oír una vez más la voz del profesor.

—¡Ayúdeme a llevar los paquetes al laboratorio, Schluss!

El ama de llaves no volvió ni una sola vez la cabeza. Cruzamos un estrecho corredor, sin ventana de ninguna clase, sumido en la oscuridad, y salimos a una amplia cocina, en la cual se mezclaban, de modo tan irregular como sorprendente, los utensilios antiguos como nuevos, cosa que molestaba bastante a la vista.

El elemento más sobresaliente de la enorme cocina era una gran chimenea de campana, situada en su centro, bajo la cual se hubiera podido asar con toda comodidad un buey. Una frigorífica de buen aspecto, estaba situada en un rincón, y en el lado opuesto, sentadas a la mesa, cenando tranquilamente, había dos mujeres.

La señora Elliwan me condujo hacia ellas. Las vi mirarme con no disimulada curiosidad, pero, antes de que el ama de llaves hubiera podido articular una sola palabra, un sonido extraño rompió el silencio de la noche.

Sólo fue por un maldito orgullo que no di en aquel momento media vuelta y eché a correr, huyendo de aquella casa que me parecía embrujada. ¿O acaso fue el pensamiento de las dos fieras que recorrían el parque, sedientas de sangre? El caso es que mis pies se Clavaron en el suelo, como si de repente les hubieran brotado raíces, en tanto que mi frente se inundaba de un helado sudor.

Por encima del silbido del viento, que hacía vibrar casi continuamente los cristales, se oyó un agudísimo lamento, un quejido infrahumano, de lúgubres tonos, que se elevó en un macabro *in crescendo*, rebotando por todos los muros de la mansión, hasta llenar la atmósfera con sus siniestros trémolos. Y, de pronto, como si hubieran seccionado con una afilada cuchilla la garganta que emitía el lamento, éste cesó bruscamente, devolviendo el silencio a la casa.

## CAPÍTULO IV

Contuve disimuladamente las ganas que tenía de sacar el pañuelo y enjugarme el sudor de la frente, manteniéndome en pie, en una postura correcta, aguardando a la señora Elliwan. Y, mientras ésta efectuaba las correspondientes presentaciones, yo estudié a las dos mujeres que había allí, las cuales se habían puesto en pie al vernos entrar a nosotros en la cocina.

Una de ellas, la más gruesa, rubicunda, con un excelente aspecto, de unos cuarenta años de edad, era la cocinera. Dora Spelthton, según dijo el ama de llaves.

—¿Cómo está, señor Mac Bliss? —me saludó, doblando levemente las rodillas.

La otra era mucho más joven, delgada, de talle cimbreante, curvas explosivas y ojos azules llenos de malicia. Atendía por el nombre de María

O'Thelly,

y sus rojos y carnosos labios se curvaron en una amplia sonrisa al serle presentado, en la cual se veía claramente el agrado que le causaba mi presencia.

—Siento una verdadera satisfacción al conocerle, señor Mac Bliss —dijo con voz pastosa, insinuante.

La señora Elliwan dio por concluida su presencia allí.

—Señor Mac Bliss, a las seis ha de estar en pie. El profesor exige que el desayuno le sea servido a las siete, con estricta puntualidad. En su habitación.

Incliné levemente la cabeza.

—A sus órdenes, señora Elliwan —dije, viéndola alejarse tan silenciosamente como un espectro, recogiendo el borde de la larga y anacrónica falda con dos dedos llenos de nudos.

Cuando nos hubimos quedado solos, la cocinera me sonrió.

—Venga para acá, señor Mac Bliss. Seguramente estará cansado y tendrá apetito, ¿no es así?

—Un poco —concedí modestamente, sentándome a la mesa. María pasó por mi lado con un sinuoso movimiento de sus ampulosas caderas y me miró sonriente desde arriba, al mismo tiempo que colocaba los platos ante mí.

El grito siniestro, que tanta impresión me había causado, no volvió a repetirse, al menos en aquellos momentos. Recordando las severas advertencias del profesor, contuve los vivos deseos que sentía de preguntar lo que había ocurrido, y me dediqué a vaciar los platos con el lógico apetito de mis treinta y pocos años.

Cuando terminé, la

O'Thelly

me alargó un cigarrillo, ya encendido. Se lo acepté, aspirando el humo con vivo placer, y en el mismo instante, los mastines pasaron, galopando y aullando ferozmente, bajo las ventanas de la cocina.

María hizo un gesto de cólera, sin poderse reprimir.

—¡Malditos canes! —refunfuñó—. No sé cómo me contengo y un día...

—Te guardarás muy bien de hacerles nada, María —dijo severamente la cocinera, poniéndome el café sobre la mesa—. ¿O es que al cabo del tiempo no te has habituado a sus ladridos?

La doncella se encogió de hombros.

—Aquí no es posible acostumbrarse a nada. Señor Mac Bliss, ¿qué diablos de idea le dio para venir a encerrarse en este sepulcro?

—Ofrecen un buen sueldo... y yo estaba sin trabajo —repuse, excusándome.

—En su lugar, yo me hubiera muerto de hambre, señor Mac Bliss. Aquí verá y oirá muchas cosas raras, se lo aseguro —continuó la charlatana doncella—. Y ninguna buena. ¿No oyó antes aquel grito que...?

—¡María! —dijo entonces una voz de severos tonos—. Creo que está usted rebasando la esfera de sus atribuciones al hablar al señor Mac Bliss de cosas que no le interesan. Mejor estaría durmiendo; usted es siempre la última en levantarse.

Me volví. Otra vez estaba allí la señora Elliwan, mirándonos fijamente desde el umbral de la puerta, inmóvil como una estatua,

en la cual sólo había la vida de sus negras pupilas.

María hizo un gesto de desdén y tiró su cigarrillo al suelo ostentosamente. Levantó la barbilla y pasó por delante de mí, contoneándose con notable aparato.

La señora Spelthon se apresuró a romper la tensión que había provocado la inesperada aparición del ama de llaves.

—Venga conmigo, señor Mac Bliss; le enseñaré su dormitorio.

—Con mucho gusto, señora Spelthon —dije, y luego, mirando al ama de llaves, murmuré—: Buenas noches, señora Elliwan.

La cocinera me guió por otra puerta completamente opuesta a la que habíamos entrado y que daba acceso a una angosta escalera de caracol, sumida en las tinieblas, por la cual ascendimos, tanteando las húmedas paredes, hechas de gruesas piedras de sillería. La escalera daba directamente al segundo piso de la casa, en donde estaban las habitaciones de la servidumbre.

—Aquí es, señor Mac Bliss —dijo la cocinera, abriendo la puerta y dando la luz—. Que descanse usted.

—Gracias, señora Spelthon —repuse, entrando en mi habitación.

La puerta se cerró a mis espaldas y yo avancé dentro de la estancia, la cual estaba bastante bien amueblada, sin lujos excesivos, pero de mucha mejor forma que los infectos tugurios de a veinticinco centavos donde había pernoctado últimamente.

Me quité la chaqueta, que arrojé sobre el amplio lecho. Empecé a desatarme los cordones de los zapatos, y entonces, los perros volvieron a pasar de nuevo, aullando y haciendo chasquear sus mandíbulas, bajo la ventana.

Hice una mueca de disgusto. Aquello prometía estar bueno. ¿A dónde diablos había ido a parar?

Cuando me hube puesto el pijama, apagué la luz. Entonces un rayo de luna se filtró a través de un hueco en las nubes y, no sé por qué, se me ocurrió levantarme y caminar hasta la ventana.

Aparté las cortinillas que cubrían los vidrios y miré a través de éstos. Rápidamente, acostumbradas mis pupilas a las tinieblas, pude divisar con toda claridad los terrenos circundantes más próximos, los cuales estaban completamente despejados de árboles, que sólo crecían a unos veinticinco metros de la casa, en forma muy espesa y que impedía por completo la visión de cuanto había bajo ellos. Pero la zona cercana se divisaba bastante bien.

Permanecí allí unos momentos, quieto, inmóvil, escuchando al tenue e intermitente silbido del viento, que venía del no lejano Atlántico, y luego, un bostezo por completo involuntario, me recordó que era la hora de descansar. Estiré los brazos, pero a mitad del gesto, me detuve, paralizado.

Un escalofrío de terror me recorrió todo el cuerpo. Acababa de ver una persona que había surgido de entre la opaca espesura del arbolado, la cual se dirigía hacia la casa con un paso mesurado, con toda tranquilidad, como perfecta conocedora del terreno. No podía distinguir sus facciones desde arriba, pero la mancha clara que era su pelo, me indicó de sobra que era alguien perteneciente al sexo femenino.

La mujer parecía joven y se movía con fáciles andares, vistiendo ropas oscuras, de hombre: un largo chaquetón, ceñido por un cinturón de tela al talle, y unos pantalones muy ajustados. No parecía tener prisa alguna y sus ojos no miraban en concreto a ninguna parte.

Pero esto no me preocupaba a mí, sino los perros. Los perros, que podían aparecer en cualquier instante y que... efectivamente, llegaron a todo correr, abalanzándose sobre la desconocida.

Por un instante se me paró el corazón en el pecho. Pero no ocurrió nada de lo que yo había esperado.

Los mastines se limitaron a ladrar desaforadamente, saltando en torno a la mujer, sin que ella pareciera hacerles el menor caso, continuando su camino tan tranquilamente como si aquellas fieras no hubieran existido.

De pronto, alguien salió a su encuentro.

Aquella alta silueta que se desgajó de la sombra de la mansión no podía pertenecer más que a una persona: al profesor Montague, el cual interceptó el paso de la desconocida, deteniéndola.

Permanecieron allí unos momentos, al pie de mi ventana, ignorantes de que yo los estaba observando. Vi gesticular vivamente al profesor, como si reprendiera a la mujer, y también vi que ésta aceptaba, humilde y contrita, con la cabeza inclinada, la reprimenda. No pude entender lo que decía Montague, pero sus ademanes eran más que suficientes. Luego, reanudaron la marcha, no sin que el profesor hubiera tirado una patada a un can demasiado efusivo, y desaparecieron de mi vista.

Me metí en la cama, profundamente pensativo, intrigado por cuanto acababa de ver y oír. Y apenas había apoyado la cabeza en la almohada, aquel largo alarido volvió a oírse, estremeciéndome hasta la médula de los huesos.

No pude remediarlo como si; hubiera sido un chiquillo, me tapé la cabeza con el embozo de las sábanas y cerré los ojos. El cansancio que sentía pudo más que todo, y en contados momentos me dormí como un leño.

## CAPÍTULO V

No hubiera podido despertarme a la hora, si unos providenciales nudillos no hubieran sonado en la puerta de mi habitación. Ya se veía por Oriente una débil claridad y, sin perder un momento, me tiré de la cama.

Hice un rápido aseo, poniéndome el traje de faena que Schluss había adquirido para mi antes de salir de Nueva York, y bajé a la cocina, donde Dora y María estaba ya en plena actividad.

La doncella me dedicó una tórrida sonrisa. Dora puso un plato en la mesa.

—Desayune deprisa, señor Mac Bliss. Terminará con el tiempo justo para servirle al profesor.

Hice lo que me decían, contestando a unas preguntas sin trascendencia alguna, y haciendo otras, también sin importancia, las cuales se referían a mi labor en la mansión. Al terminar, encendí un cigarrillo, y ayudé a la cocinera a preparar la bandeja con el desayuno del profesor.

María me acompañó hasta la puerta, que abrió, diciéndome:

—Primer piso, segunda puerta, señor Mac Bliss —después de lo cual me favoreció con uno de sus espectaculares guiños, al cual contesté yo con mi mejor cara de palo. Esto la desconcertó, pero para entonces yo ya salía al corredor que daba al vestíbulo.

Era ya de día y pude examinar mejor a mi sabor la casa, cuya vejez era indiscutible. Se notaba en el edificio la influencia inglesa, en cuya época, antes de la Independencia, había sido construida, y la gruesa barandilla de roble de la gran escalera central no podía ser más auténtica. Subí por ella, amortiguados mis pasos por la gruesa alfombra que recubría los peldaños, hasta encontrar la puerta señalada, a la cual llamé con los nudillos.

Cuando se me concedió el permiso, entré en la estancia.

La vi muy parecida a la mía, aunque de mayores dimensiones y con un mejor mobiliario y decoración. El profesor estaba sentado en un amplio sillón, frente a una chimenea en la cual ardían melancólicamente unas cuantas brasas, sosteniendo sobre sus rodillas un pesado libraco, cuyo tema no pude adivinar, por el momento. Encima de él había un cuadro de época, pintado con más energía que arte, y representando el momento en que el verdugo enseña al pueblo francés la cabeza de su reina, recién decapitada. El juego de luces del cielo azul, anunciando a Francia una nueva época, contrastaba enormemente con los rojos borbotones de sangre de la cabeza de María Antonieta, cuyos labios estaban entreabiertos en una última mueca, no sé si de sorpresa o dolor, como he dicho, el pintor no debía ser un maestro precisamente, pero había en sus pinceladas una fuerza que no dejó de impresionarme; había mucha, acaso demasiada realidad en la escena.

Logré apartar mis ojos del cuadro. Murmuré cortésmente:

—Buenos días, profesor. El desayuno.

—Ah, buenos días, Barnard. Póngalo ahí, en esa mesita, por favor —me replicó el profesor, Cerrando el libro y levantándose.

Preparé el desayuno, vertiendo el café en la taza, y luego me retiré un par de pasos, esperando respetuosamente.

Montague olisqueó el desayuno, haciendo una mueca de desagrado al ver el tocino demasiado frito. No obstante, no dijo nada, y arremetió contra los huevos con buen apetito.

Pero de pronto se dio cuenta de que yo estaba allí y levantó la cabeza.

—No es necesario que se quede, Barnard; la doncella recogerá luego el servicio.

—Como guste, profesor.

Me retiré hacia la puerta y ya tenía la mano sobre el pomo, cuando la voz del profesor me detuvo.

—Barnard.

—¿Diga, profesor?

—Según me han informado, usted entiende de mecánica.

—Sí, profesor.

—Bien, tanto mejor. En el día de hoy no tendrá otra ocupación que hacer una reparación a fondo del generador de energía. Es

relativamente nuevo pero hay alguna pieza que le falla, cuando más nos es necesaria la luz, ¿me entiende? No haga otra cosa ni se preocupe de más.

—Sí, profesor.

—Eso es todo —dijo secamente Montague, sin concederme ya ninguna importancia, después de lo cual salí de la estancia, dirigiéndome a la cocina.

—¿Qué le ha dicho el brujo? —me preguntó María, con todo descaro, al tiempo de tomar una bandeja cargada con otro desayuno.

—Que parece que se acerca una borrasca —dije, mirando a través de la ventana, en donde se veían las nubes, muy bajas, corriendo velozmente empujadas por el frío viento del Atlántico.

—Escurridizo, ¿eh? —rezongó María, saliendo.

—Tengo que reparar el generador —dije, mirando a la cocinera—. ¿Tendría usted la amabilidad de indicarme dónde se encuentra?

—Sí, señor Mac Bliss. Salga por la puerta y rodee la casa. En el lado oeste verá una pequeña puertecita, al pie de unos escalones. La llave está puesta allí y no tiene más que abrir.

—¿Por qué puerta he de salir? —pregunté, y Dora me miró con sorpresa.

—¿Por cuál ha de ser? Por la que entró, naturalmente... Ah —sonrió la cocinera—, ya le entiendo. No, señor Mac Bliss; en esta casa no hay puerta de servicio. Es decir, la hubo, pero la tapiaron.

—Muchas gracias, señora Spelthon —contesté, saliendo de la cocina.

Atravesé nuevamente el vestíbulo y abrí la gran puerta de acceso a la mansión. La abrí y una racha de aire frío y húmedo me golpeó instantáneamente el rostro. En medio de todo, me pareció más consoladora que el denso ambiente que se respiraba allí dentro, y aspiré con fuerza, notando el olor salado del océano que no se veía, sin embargo, desde allí.

Arrojé una disgustada mirada al parque que rodeaba la casa.

Salvo el camino de acceso, el resto estaba cubierto por un espeso césped, con algunos macizos de flores, los cuales se habían desarrollado a su albedrío, en forma ya casi salvaje. Diciéndome que tendría que trabajar de firme, si quería darle a aquello un aspecto más decoroso, caminé, rodeando el edificio.

Toda la casa estaba circundada como digo, por el parque, el cual, a unos veinticinco metros, se convertía en espeso bosque, en el cual abundaban los tilos y los olmas, creciendo muy juntos los unos a los otros, sin que los espacios intermedios estuvieran totalmente despejados; antes al contrario, crecían en ellos muchos matorrales, que un buen jardinero no hubiera consentido nunca en tener allí, estropeando con su espesura el relativo buen aspecto del paisaje.

Me estremecí una vez más al pensar en lo que las dos fieras podían hacer durante la noche, con un paseante descuidado, y luego seguí mi camino.

Hallé fácilmente la puerta que me había indicado la cocinera. Un arco semicircular se abría en la parte izquierda, casi en el ángulo de la casa, dando acceso, a media docena de peldaños de piedra, que conducían en una puerta alta y estrecha, en cuya cerradura se veía una mohosa llave.

Tomé la llave, pero no pude hacerla girar. En aquel momento, no lejos de mí, estalló un espantoso griterío que me sobresaltó enormemente, haciéndome retroceder un paso. Al no darme cuenta de que estaba al pie de una escalera, mis pies tropezaron y no pude evitar una aparatosa caída.

Me levanté, rezongado y malhumorado, echando mil pestes de aquellos condenados perros. ¿Es que no dormían nunca? ¿Qué diablos les pasaba ahora, que chillaban tan desafortadamente? Me limpié las manos, torciendo la boca, con una mueca de disgusto, y luego abrí la puerta.

Una ráfaga de aire frío, mezclada con unas cuantas gotas de lluvia, me empujó dentro de aquella semi-subterránea estancia, cuya única iluminación era la que procedía de la puerta. Para no pasar frío, encendí la luz, cerrando detrás de mí, y examiné la decoración que me rodeaba.

El gobernador estaba a mi derecha y en la parte opuesta había unos cuantos bidones, de buen tamaño, que contenían el combustible necesario para poner en marcha el motor. Éste se hallaba ahora parado, de modo que enseguida me di cuenta de que la luz que tenía procedía de un acumulador que cargaba la dinamo del generador cuando estaba en funcionamiento.

Metí la mano a la faena y pronto me olvidé de todo. El tiempo se me pasó sin darme cuenta, y no recuerdo cuánto había transcurrido,

cuando, de pronto, noté que una ráfaga de luz diurna golpeaba mis ojos.

Volví la cabeza y al instante me puse en pie. Me bastó una simple ojeada para reconocer a la persona que había visto paseándose por el parque la noche precedente.

Era una mujer joven, pues no tendría más allá de veintiséis años. Vestía unos pantalones negros, muy ajustados, y un «sweter» gris, cerrado hasta el cuello, delgado y muy esbelto, correspondiendo justamente a la magnífica figura que había bajo las ropas. Tenía el pelo rubio, muy claro, peinado hacia atrás, atirantado por un redondo moño en la nuca, y sus ojos también claros, tanto, que casi parecían no tener pupilas, me miraban con cierta benevolencia no exenta de interés. Los labios eran rojos, sin necesidad de artificio alguno y todo el conjunto expresaba una serena hermosura, en la cual, se veía, sin embargo, un punto de íntima amargura, cuyos orígenes eran difíciles de saber.

Durante unos segundos, la bella desconocida me estuvo mirando con interés. Luego dijo:

—Así que usted es el nuevo mayordomo.

—«Factótum», es la palabra más adecuada, señorita...

—Señora —me corrigió ella—. Señora Montague.

—Dispéñeme la señora. Ignoraba...

—No tiene nada de particular, Barnard. Si, me dijeron su nombre.

—Me siento muy honrado con ello, señora Montague.

Ella guardó silencio unos segundos. Después, sacó un cigarrillo que se colocó entre los labios.

—Deme fuego, ¿quiere Barnard?

Señalé hacia los bidones de combustible con un leve gesto de cabeza.

—Aquí es peligroso fumar, señora —dije.

Ella quitándose el cigarrillo de la boca, sonrió.

—Tiene razón; lo había olvidado, Barnard. Gracias por habérmelo recordado.

De nuevo hubo otra pausa de silencio, que ella volvió a romper.

—Por favor, Barnard, continúe trabajando; no se interrumpa por mí.

—Con el permiso de la señora... —contesté, inclinando la

cabeza. La volví la espalda y me arrodillé en el suelo, junto a la manta que tenía desplegada en ella y en donde había colocado parte de las piezas del motor que estaba limpiando y examinando.

Me enfraqué nuevamente en el trabajo, y ya creía que la joven se habría marchado, cuando de nuevo su voz sonó detrás de mí.

—¿Barnard?

—Sí, señora Montague —contesté, sin girar la cabeza.

—¿Qué idea le dio de venir aquí?

—Buscaba un empleo, señora; me ofrecieron éste y...

—¿No le ha causado ninguna impresión esta casa, Barnard?

—¿En qué sentido, señora?

—Pues... porque es sombría, triste... ¡Qué sé yo!

—Más triste y sombrío es no tener un plato de sopa a la hora de cenar, señora Montague.

—Su antecesor en el cargo no pensaba así, Barnard.

—Estamos en un país en el cual hay libertad de opinión, señora —dije, con suave causticidad, y percibí los sonidos de una leve carcajada que se escapaba de su boca. Sentí vivos deseos de volverme, pero supe refrenarme a tiempo.

—¿Qué le parecen los perros, Barnard?

—Un medio estupendo de guardar la casa, señora.

—¿Y no le dan miedo a usted?

—Mucho. Muchísimo, señora. Pero, por la cuenta que me tiene, ya procuraré no salir al parque cuando ellos estén fuera.

—Un sensato modo de proceder, Barnard.

—En todo caso, cumplo las órdenes de su esposo, señora.

—¿De... mi esposo? —Oí que ella exclamaba, con viva sorpresa.

—Del profesor, naturalmente.

—Ah —dijo la joven, cuyo nombre continuaba ignorando—. Sí, claro, del profesor. Seguro que le recomendó que no hiciera preguntas y que se limitara a ver y a oír, ¿no es así?

—Ciertamente, señora.

No pude por menos de percibir cierto tono de impaciencia en la voz de la joven.

—Es usted muy discreto, Barnard.

—Me pagan para ello, señora Montague —repuso con toda la frialdad compatible con mi empleo.

—Si fuera usted pez, no habría pescador capaz de hacerle

morder el cebo, Barnard.

Guardé silencio. La rubia empezaba a cargarme, pero ¿quién enviaba a freír espárragos a la mujer del jefe? Me enfraqué en la limpieza de una bujía sobrada de grasa, cosa que no me impidió sentir de nuevo su voz.

—¿Qué hacía antes de venir aquí, Barnard?

—Nada.

—Me refiero a su profesión habitual; no a su accidental desempleo.

Vací. ¿Por qué iba a contestar aquella presunta? Pero, también, ¿por qué callarme? ¿No era un asalariado, que debía obedecer porque para ello me pagaban?

—Era... soy ingeniero industrial, señora Montague. A la joven se le escapó una exclamación de sorpresa que no pudo reprimir a pesar del aparente dominio de sus nervios.

—¿Ingeniero industrial?

—Así es, señora Montague.

—Ésa es una profesión que tiene siempre fácil acomodo, Barnard.

—¿De veras? —murmuré irónicamente.

—En estos tiempos, sí, Barnard —dijo ella.

—Posiblemente. Pero no para un tipo que se llame Barnard Mac Bliss, como yo.

—Seguro que le ocurrió algo. ¿Qué fue?

—Señora Montague —dije, apretando los dientes, pues no tenía el menor deseo de dar más explicaciones—: si no le importa mucho, y aun corriendo el riesgo de ofenderla, preferiría no mencionar ese asunto. La ruego me dispense, pero...

Hubo una breve pausa de silencio, durante la cual pude darme cuenta fácilmente de la violencia que se estaba haciendo a sí misma. Al fin, pudo recuperar el habla y me soltó un seco:

—¡Gracias, Barnard! —Después de lo cual, dio media vuelta y se fue.

No ocurrió ya nada de particular hasta la noche. El día transcurrió sin el menor incidente, y durante el mismo no hice otra cosa que reparar el generador de energía, que quedó como nuevo, modestia aparte. Palta le estaba haciendo una reparación a fondo.



—Tenga mucho cuidado, señora Montague...

Cuando, por fin, pude retirarme a mi habitación, eran ya cerca de las once de la noche. Me desnudé, poniéndome el pijama y luego tiré del embozo de la cama, dispuesto a dormir las ocho horas de reglamento.

Pero antes de que me arrojara sobre el lecho, algo hirió mi vista. Algo que me hizo fruncir el ceño profundamente y, por supuesto,

me estropeó el sueño más de lo que yo había deseado.

Aquella cosa no era sino una simple cuartilla de papel, oculta bajo el embozo hasta entonces en la cual y en grandes caracteres, escrito con una detonante tinta escarlata, se veía una única palabra: ¡Márchese!

## CAPÍTULO VI

No soy de las personas que poseen un carácter duro e inflexible y que sostienen sus convicciones contra viento y marea, sean acertadas o erróneas. Por el contrario, soy amigo de ceder cuando conviene y discutir las cosas, agotando sus posibilidades hasta el máximo, antes de llevarlas a cabo. Pero también no es menos cierto que, en determinadas ocasiones, los pocos gramos de sangre irlandesa que aún circulan por mis venas, me hacen ser muy muy obstinado, y aquel aviso surtió en mí efectos completamente distintos a los que su autor había esperado.

Por una semana, no ocurrió nada de particular. En tanto hacía mi trabajo, procuré estudiar cuidadosamente a todos y cada uno de los huéspedes de la casa, con el fin de sorprender, si era posible, sus reacciones, y así hallar al autor de la notita.

Descartando, desde el primer momento, a Montague y Schluss, hube de concentrarme en las cuatro mujeres. La señora Montague no había vuelto a dirigirme la palabra desde aquel día en que, poco menos, la había echado del cuarto de la dínamo, ignorándome casi por completo y sin cruzar conmigo más que unas pocas e imprescindibles palabras.

En cuanto a la señora Spelthon, parecía empeñada en conquistarme por medio del estómago, sirviéndome unos platos que hubieran cubierto de canas la cabeza de un especialista en dietética... La aparatosa María

O'Thelly

tampoco parecía ser la autora del anónimo, empleando contra mí otras armas muy distintas de las que usaba Dora: frecuentes guiños con sus ojos, espesamente orlados de «rimmel», y danzantes contoneos de cadera.

Quedaba, pues, el ama de llaves. Pero de aquel rostro inescrutable, casi en período de momificación, no podía sacarse nada en limpio, de modo que al poco tiempo hube de llegar a una socrática conclusión: sólo sabía que no sabía nada; es decir, que ocho días más tarde, aún continuaba ignorando quién era el propietario de la mano que había escrito aquella única e imperativa palabra.

Mientras tanto, el ambiente que nos rodeaba no podía ser más lúgubre y deprimente. El tiempo seguía nublado, con unos bancos de nubes muy bajas, entre las cuales apenas si, en rarísimas ocasiones, se abría paso un pálido rayo de sol, todo ello mezclado con fuertes rachas de un viento gimiente y aullador, más algunas rachas de lluvia que no acababan de degenerar en temporal. Algunas veces, las nubes volaban tan bajas, que sus jirones llegaban a enredarse incluso en las copas de los árboles del parque. No era una niebla espesa y constante, como la de Londres, sino fragmentos de acuoso vapor que corrían rápidos; de tal modo que podíamos ver perfectamente medio parque, en tanto que la otra mitad permanecía completamente oculta.

Y a veces, para acabar de arreglarlo, cuando el silencio era excepcional, se oía el distante bramido de las olas, rompiendo contra los acantilados que no se divisaban, pese a estar a cuatro o cinco kilómetros hacia el este, ocultos por una fila de bajas colinas, cubiertas perennemente por un oscuro verdor.

Por otra parte, aquellos lamentos tan espeluznantes no volvieron a repetirse. Ello no era obstáculo para que en la mayoría de las noches mi sueño se viera interrumpido por los escandalosos ladridos de los mastines, los cuales parecían divertirse en grande sobresaltándonos en lo mejor del descanso. Los maldije profundamente en los primeros tiempos, pero últimamente llegué a acostumbrarme a ellos.

Ocho días más tarde de mi llegada vi aparecer un huésped en la mansión. No lo recibí yo, y si lo vi fue por mera casualidad, pues estaba limpiando un trozo de parte particularmente lleno de maleza. Vino en coche y el señor Schluss fue a abrirle en persona la reja, acompañándolo hasta la casa.

No le concedí ninguna importancia al asunto. Después de todo, yo estaba allí para ver, oír y callar simplemente, de modo que ya no

volví a preocuparme del visitante, quien había llegado alrededor de las cuatro de la tarde, hasta tres horas más tarde, en que, ya de noche cerrada, me acerqué a la biblioteca, donde se hallaba, según costumbre, el profesor, para anunciarle la cena.

Levanté la mano para golpear la puerta, pero antes de que descargase el golpe, me sorprendió el estruendo de una furiosa discusión. Reconocí al instante la voz de Montague. La otra, al oír la por primera vez, supuse acertadamente que era la del inesperado huésped.

Éste parecía muy furioso e irritado, y Montague trataba de calmarlo, aunque todos sus esfuerzos parecían ser baldíos. Sin embargo, el profesor no parecía haber perdido, ni por un momento, su inveterada ecuanimidad.

—Por favor, mi querido señor Delkato, tenga un poco de paciencia. Es la primera vez que me ocurre tal cosa y...

—¿La primera vez? —Gruñó el nombrado Delkato—. Oiga, profesor, si me cree tonto, está muy equivocado. Hace ya cerca de un año que no me paga el alquiler de la casa, y el dinero me está haciendo falta, créamelo.

—Nadie ha dicho que no se le vaya a pagar, señor Delkato —respondió con aire de ofendida dignidad el profesor.

—A juzgar por los hechos, eso es lo que parece vaya a ocurrir. Once meses, sí, señor; eso es lo que me debe usted. ¿Acaso piensa que yo he de pagar los impuestos con buenas palabras? No, señor mío; el tío Sam no espera; si no pagas, te embarga y...

—Por favor, señor Delkato, un poco más de paciencia. Le aseguro que dentro de un mes, ¡qué digo un mes!, tres semanas, podré liquidarle todo. Tengo unos asuntillos pendientes y...

No pude oír el resto; una especie de sexto sentido me avisó, haciéndome volver en el acto, apenas presentí la presencia de una persona cerca de mí.

Tosí, tratando de ocultar mi turbación al verme sorprendido en el delictivo acto de escuchar tras las puertas. La señora Elliwan me miró reprobatoriamente y luego, sin pronunciar ninguna palabra, se alejó tan silenciosamente como había venido.

Entonces decidí no aguardar más y anuncié la cena.

El profesor salió, precediendo a Delkato, cuyos ojos arrojaban llamas, y a Schluss, que parecía muy divertido. Vi claramente que el

visitante se contenía en mi presencia, sólo por cortesía, y que, después de haber soltado un par de bufidos a modo de despedida, se encaminaba hacia la puerta.

Delkato tomó el pomo y abrió sin esperar ni encomendarse a nada ni a nadie. Inmediatamente sonó un espantoso rugido y el huésped retrocedió, lívido de miedo, justo cuando una temible dentadura se cerraba en el vacío, fallido el golpe.

Yo fui más rápido y conseguí cerrar la puerta de golpe, lamentando interiormente no haber atrapado entre los dos pesados batientes el cráneo del mastín. Pero éste, «Satán» o «Fuego», parecía poseer una humana inteligencia y esquivó el portazo, no sin lanzar otro sonoro aullido a modo de protesta.

Delkato se volvió airado hacia el profesor.

—¿Qué diablos de bestias son éstas? —exclamó, sudando de miedo—. Podía haberme avisado y...

—Oh —respondió untuosamente el profesor—, lo siento, señor Delkato. Es cierto; la culpa es toda mía al no haberme acordado de los perros. No hace mucho que los tengo y se me había escapado el detalle de que por las noches los suelto en el parque. Así evito los merodeadores nocturnos, ¿me comprende?

—Bueno, bueno —refunfuñó el dueño de la mansión—; haga el favor de ordenarles que se retiren. Tengo que irme; se me hace ya demasiado tarde.

—Ahora mismo, señor Delkato —dijo Montague con una sonrisa que helaba la piel. Salió fuera, permaneció en las tinieblas unos minutos, y luego volvió diciendo:

—Cuando usted guste, señor Delkato.

Éste salió, lleno de una lógica aprensión, escoltado por Schluss. Le vi meterse en su coche, un reumático «Ford», y poner el motor en marcha.

Cinco minutos más tarde volvía a nosotros, con el rostro congestionado por la ira.

—No sé qué demonios le pasa a ese maldito motor. Ordinariamente, funciona como un reloj, pero hoy...

—Barnard se lo examinará con mucho gusto, ¿no es así? —sugirió el profesor.

Asentí, procurándome una antorcha eléctrica, cuya luz me sirvió para tratar de hallar la avería. Cuando lo hube conseguido, mi

informe no pudo ser más desalentador.

—Tiene el carburador completamente cegado —dije, y el profesor pareció consternarse.

—¡Cuánto lo siento, señor Delkato! Esto llevaría algo de tiempo y... Bueno, no debemos apurarnos por tal minucia; quédese a dormir aquí esta noche.

—Repito quedes tarde para mí —gruñó Delkato—. ¿Por qué no me deja el suyo, profesor?

Montague levantó las palmas de las manos.

—Las circunstancias están en contra suya, mi querido amigo. Precisamente hoy le ordené a Barnard que hiciera una limpieza completa de su motor. Si Barnard ha terminado ya...

—Lamento decirle, profesor —dije terciando en el diálogo—, que no me dio tiempo a concluir mi tarea. Con los debidos respetos, el motor estaba muy descuidado y necesitaba un repaso a fondo. Aún tardaré dos o tres días en concluirlo.

—¿Lo ve usted, mi querido señor Delkato? —Montague le pasó una mano familiarmente por el hombro y lo empujó con suavidad hacia adentro—. No le queda otro remedio que quedarse.

El huésped tuvo que asentir a la fuerza, sin cesar en sus refunfuños.

El profesor dijo, entonces:

—Schluss, guíe a nuestro invitado al comedor. Yo me reuniré al momento con ustedes; nadie sino yo puede acercarse a los perros.

Durante la cena no ocurrió nada de particular, excepto que noté que la aprensión de Delkato iba en aumento. Pero como esto no era cuenta mía, lo dejé pasar por alto y, en cuanto me hube despachado, cené aprisa y me fui a dormir.

Aquella noche, cosa excepcional, los perros permanecieron silenciosos. Incluso el viento pareció amainar en sus frecuentes golpes, de modo que los ruidos de la casa, incluso los más livianos, podían oírse a la perfección. Salvo algunos crujidos del maderamen del armazón, que de vez en cuando resonaba siniestramente, apenas si se oyó otra cosa en la noche.

Sin embargo, aquella aparente tranquilidad, que debía haberme infundido un sueño más profundo que de costumbre, obró en mí efectos completamente distintos. Me excitó los nervios, de tal modo, que permanecí largo rato despierto, fumando cigarrillo tras

cigarrillo, hasta que, al fin, mis párpados se entrecerraron y una dulce somnolencia se apoderó de mi espíritu.

Pero aquello no era el sueño total. En medio de mi semiinconsciencia, percibía algunos misteriosos sonidos, que si no llegaban a desvelarme totalmente tampoco me pasaban inadvertidos. Y en una de las ocasiones oí uno que me sobresaltó, tornándome a la vigilia repentinamente.

¿Era un grito sofocado lo que acababa de escuchar? No puedo asegurarlo, pero en aquellos momentos me pareció como si una persona hubiera sido despertada con cierta violencia y alguien le hubiera tapado la boca antes de poder lanzar un grito de alarma, pero sin impedirle del todo emitir algún sonido de protesta.

Permanecí con todos mis sentidos alerta, tratando de desglosar los diferentes ruidos que llegaban a mis tímpanos. Alguna ráfaga de aire, más suave que de costumbre; el siseo de las hojas y las ramas de los árboles... y, ¿el de unas pisadas subrepticias en el piso situado bajo el mío?

De no haber recibido unas órdenes tan draconianas del profesor, me hubiera levantado, dispuesto a investigar. Pero, recordándolas a tiempo, hube de limitarme a tratar de oír con toda atención.

El siseo de aquellas que yo imaginaba pisadas, hechas con el mayor sigilo, se desvaneció bien pronto. Pasaron unos minutos, no puedo precisar cuántos, y bruscamente un sordo golpe estremeció la casa.

No era ilusión mía; estaba perfectamente despierto. Por otra parte, los vidrios de mi ventana vibraron, si bien tenuemente, con la suficiente claridad para saber que no se debía tal vibración a un repentino golpe de viento. Alguien había caído al suelo..., o algún pesado objeto, acaso un gran armario, había sido derribado... No podía en aquellos momentos saber el origen del ruido; pero sí sabía que éste se había producido, y con tal violencia que había hecho temblar el edificio.

Naturalmente, este temblor no era tal que hiciese temer un derrumbamiento de una mansión tan sólida como aquélla. Más parecía como cuando un pesado camión pasa por las inmediaciones de una casa, haciéndola trepidar. Pero sólo hacía sido un golpe, seco, tajante; no una sucesión de varios de ellos.

Ya no volví a escuchar ningún ruido sospechoso en toda la

noche. Después de aquello, me dormí tan profundamente, pese a mis aprensiones, que hubieron de repetir varias veces las llamadas en mi puerta para arrancarme del pesado sueño en que había caído.

Como de costumbre, a la mañana siguiente serví el desayuno al profesor en su habitación. Le hallé con un aspecto sombrío, evidentemente disgustado, cosa que encontré perfectamente lógica, teniendo en cuenta la enérgica intimación de Delkato. No contestó siquiera a mi saludo, de modo que, para evitarme un sofoco innecesario, me largué en cuanto pude a la cocina.

Una vez allí, pedí otra bandeja.

—¿Para qué? —preguntó Dora.

—Para el huésped, naturalmente.

—El señor Delkato madrugó esta mañana y se fue muy temprano.

Respingué al oír aquella voz a mis espaldas. Giré, enfrentándome con el ama de llaves, cuya aparición había sido tan silenciosa como inesperada; mas no era esto lo que me había sorprendido, sino el increíble hecho de que Delkato se hubiera ausentado. De modo que el carburador de su automóvil la noche anterior, estaba atascado y ahora...

Disimulé mi sorpresa lo mejor que pude, de modo que nadie advirtiera lo que pasaba por mi interior.

—Muy bien —dije—. Entonces, continuaré mi trabajo con el coche de la casa.

Podía hacerlo, pues Schluss desayunaba en el comedor al mismo tiempo que el profesor en su cuarto, y ya lo había despachado. Con la esposa de Montague no tenía nada que ver, puesto que la pizpireta María era la encargada de atenderle, así que, habiendo dado por concluida mi tarea allí, me encaminé al garaje, a terminar de repasar el motor.

Por la noche serví la cena en el gran comedor, deficientemente iluminado por una gran araña que pendía del techo, y en la cual faltaban numerosas lámparas. Los dos candelabros que había en ambos extremos de la gran mesa arrojaban fantasmales y movedizas sombras contra los gruesos muros de la estancia, en uno de cuyos lados ardían desmayadamente unas cuantas brasas en una amplia chimenea, casi tan grande como la de la cocina.

Estaba terminando de servir la cena cuando, de pronto, la señora

Montague dijo:

—¿Tienes inconveniente en que mañana utilice yo los servicios de Barnard?

La pregunta iba dirigida al profesor. Éste miró de soslayo a la joven y respondió:

—Ninguno, querida. Para eso está a nuestro servicio.

—Gracias —contestó ella secamente, y luego se volvió ligeramente hacia mí—: Barnard, después de la cena prepararemos las escopetas. Quiero que usted me acompañe mañana a cazar.

Estaba viendo ya tantas cosas raras en aquella casa, que una más, tan extraña y al parecer tan incongruente como la de acompañar a la joven en una cacería, no logró obtener de mí otra cosa que un cortés asentimiento.

Pero cuando, habiendo terminado yo mi propia cena, me puse en pie, disponiéndome a salir de la cocina para acudir en busca de la señora Montague, una irónica risita sonó a mis espaldas.

Me volví y no pude contener un irritado fruncimiento de cejas. María reía bobamente, en tanto que sus hombros se agitaban a impulsos de la fuerte hilaridad que la había acometido.

—¿Ocurre algo? —pregunté con glacial acento.

Dora arrojó una furiosa mirada a la doncella, pero ésta no le hizo el menor caso.

—Nada, nada, excepto que... parece que la joven y atractiva señora Montague ha encontrado un buen medio de distraerse, ¿verdad?

—¡María! —gritó Dora, roja como una langosta.

Mis puños se crisparon.

—Me gustaría que fuera usted un hombre para darle lo que se merece. La señora Montague es la esposa del prof...

Una sonora carcajada, aún más ruidosa que las anteriores, cortó en seco mis protestas.

—¡La esposa del profesor! —Y las lágrimas bañaban las mejillas de María—. ¿Quién le ha contado ese embuste, señor Mac Bliss?

—Pues... —Y me callé, totalmente desconcertado.

—Pero ¿no lo sabía usted, señor Mac Bliss? —dijo la cocinera, muy intrigada.

—No; y por todos los diablos, ¿quieren explicarme de una vez qué es lo que está ocurriendo?

—María es una estúpida, señor Mac Bliss —dijo Dora, muy seria—. El profesor no está casado. La señora Montague sí, porque es la esposa de Henry Montague, sobrino del profesor, el cual falta de aquí hace bastante tiempo.

Aquellas palabras fueron una inesperada revelación para mí. Por unos momentos quedé inmóvil, completamente estupefacto, sin saber qué decir ni hacer, ante aquella sorprendente noticia que acababa de recibir. La joven señora Montague no era la esposa del profesor, sino su sobrina, y esto aun porque estaba casada con el hijo de una hermana de aquél.

Realmente, era algo como para dejar absorto a cualquiera, por muy acostumbrado que se estuviera a las sorpresas. Estaba visto, sin ningún género de dudas, que en aquella casa las cosas raras y extrañas no se acababan nunca.

Rehaciéndome como pude, murmuré unas desconcertadas frases de disculpa y salí de la cocina.

## CAPÍTULO VII

Apenas se hubo hecho de día, la señora Montague y yo salimos de la casa, armados con sendas escopetas de caza, antiguas, pero no por ello menos efectivas, dirigiéndonos hacia la entrada del parque, acompañados por el obeso Schluss, que no dejaba de hablar continuamente, mezclando una broma o un dicho con cada una de sus frases, sin que la joven se dignara responderle con otra cosa que monosílabos.

Schluss abrió la verja, deseándole a la joven buena suerte en la cacería y luego cerró con sonoro estrépito. La señora Montague no contestó ni volvió tan siguiera la cabeza, pero yo hice esto último, acaso movido por un instinto del cual no poseía en aquellos momentos la menor explicación.

Supongo que mi gesto no debió agradar en lo más mínimo a Schluss, porque tuve tiempo, habiéndole cocido desprevenido, de sorprender en su redondo rostro una mueca de diabólico odio, con un brillo perverso en sus ojos que no parecía augurarnos nada nuevo en nuestra cinegética excursión. Pero Schluss era un zorro viejo y al instante supo componer la expresión de su cara, sonriendo de la forma meliflua que tenía por costumbre.

No dije nada; guardándome aquel descubrimiento para mis adentros, seguí caminando, no al lado de la joven, sino a dos o tres pasos de distancia de ésta, un poco a su retaguardia, lo cual me permitía admirar su grácil figura y sus armoniosos andares, aquélla no oculta del todo por las ropas hombrunas que vestía, adecuadas al deporte que íbamos a practicar. Ella, por supuesto, seguía caminando hacia adelante, en dirección a un punto cuya situación yo desconocía, y parecía ignorarme, como si yo no existiera.

Así, en absoluto silencio, seguimos caminando durante un buen

rato. La ruta que seguíamos estaba festoneada de abundante vegetación, monte bajo alternado con brezales y gruesos árboles de frondosas copas, sacudidas éstas por las frías e intermitentes rachas de viento que llegaban del Este. La nubosidad baja persistía, ocultándonos la vista del sol, de modo que el ambiente tenía una coloración gris que no predisponía al optimismo precisamente.

Caminamos durante quince o veinte minutos, hasta que la vegetación nos hubo ocultado por entero a la vista de la mansión. Entonces ella se detuvo.

Sorprendido por su inesperado gesto, estuve a punto de tropezar con ella. Me excusé, farfullando unas palabras, pero la joven no hizo caso.

Se había vuelto, en una pequeña prominencia del terreno, y se hallaba al lado de unos matojos que alcanzaban casi hasta su rostro, de modo que el resto de su cuerpo permanecía completamente oculto a la vista de un posible observador que nos hubiera seguido sin nosotros advertirlo. Su rubio cabello quedaba oculto bajo la copa de un sombrerito de fieltro, orlado con una pluma roja, el único detalle de color de toda su indumentaria, y que no hacía sino aumentar más, si ello era posible, la serena belleza de sus facciones.

Permaneció así unos momentos, silenciosa, escrutando el terreno por donde habíamos venido, y luego, con movimiento brusco, giró hacia su izquierda, reanudando la marcha, que ahora vino a tomar la dirección oeste, es decir, hacia la derecha según se miraba desde la mansión. No dijo nada; dio por supuesto que la seguiría, y así fue.

A partir de este momento, pude darme cuenta de una cosa: que la caza le importaba un pimiento, ya que no hacía otra cosa que mirar al suelo, como si quisiera hallar la pista de algo que yo desconocía. De vez en cuando se detenía e incluso llegaba a arrodillarse, escrutando con intensa atención el terreno, para incorporarse unos segundos más tarde, con una decepcionada expresión reflejada en su lindo rostro.

Podrá parecer mentira, pero no cambiamos una sola palabra desde que salimos de la casa. Hubieron de transcurrir casi dos horas antes de que advirtiera, una sombra de animación en su semblante.

En cambio yo me sentí enormemente deprimido. No sé qué de alegre podía encontrar la señora Montague en aquel lugar, un

pantano como de unos doscientos metros de anchura por otros tantos de longitud.

El pantano estaba situado en una leve depresión del terreno, y de su superficie se escapaban lentamente amarillentos vapores que ascendían en la gris atmósfera de aquella mañana deshilándose en grandes volutas que a veces se enredaban en las desnudas ramas de los muertos árboles que allí abundaban. Gran multitud de cañas y plantas acuáticas crecían en sus orillas, y no pude por menos de estremecerme al pensar que alguien podía extraviarse en su interior. No era una suerte digna de ser envidiada, ciertamente.

Salvo el espasmódico croar de algunas ranas, no se oía ningún otro ruido por allí. Me supuse que la señora Montague debía tener instalado un puesto permanente para la caza de patos u otras aves acuáticas, y que allí iba a ser donde pasaríamos el día consumiendo municiones, pero mi suposición estaba bastante equivocada.

La joven no se detuvo al avistar la ciénaga. Era evidente, sin embargo, que no era la primera vez que venía por allí, porque avanzó con seguridad, conociendo el terreno que pisaba. Y yo seguí fielmente sus pasos, pues no tenía ganas de verme engullido por aquel fango que, no sin razón, reputaba de mortífero.

La joven caminó con vivo ritmo, pero sin interesarse en lo más mínimo por el principal motivo de aquella excursión: la caza, pues en cierta ocasión, al poco tiempo de haber llegado a las orillas de la ciénaga, una bandada de patos silvestres se alzó, batiendo ruidosamente las alas, sin que ella hiciera siquiera ademán de descolgar la escopeta que pendía de su hombro. La uní al asombrado, pero no se dio cuenta de mi gesto.

Continuamos bordeando el pantano. De pronto, la vi detenerse, clavando sus pies en el suelo, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza, examinando con mucha atención lo que tenía ante sí.

Y yo también pude verlo con toda claridad, pues eran las señales de unos neumáticos, que acababan perdiéndose en el pantano, a veinte metros de distancia de nosotros.

Me miró con una expresión indefinible, pero sin decirme nada. Luego volvió su vista a las huellas de rodadas y, de pronto, echó a andar, siguiéndolas.

Se detuvo ante un montón de maleza que había en el borde de la ciénaga. Entonces noté que una viva agitación hacía estremecer

todo su cuerpo y que respiraba afanosamente, cosa que podía advertirse claramente en los rápidos ascensos y descensos de su esbelto seno. Y su vista continuaba clavada en el montón de maleza que, en mi opinión, no tenía motivo alguno para estar allí, pues su origen artificial resaltaba demasiado, aun para el más lego en la materia.

De pronto echó a andar, metiendo los pies en el fango, sin importarle mucho mojárselos. No pude contenerme y grité:

—¡Tenga mucho cuidado, señora Montague! ¡Este barro es muy traidor!

Se volvió, con una indefinible sonrisa reflejada en sus labios.

—Tiene usted razón, Barnard. Aguarde un momento.

La joven se había provisto de un zurrón que llevaba en bandolera y del cual extrajo un largo rollo de fina cuerda, muy fuerte, uno de cuyos cabos me arrojó.

—Átelo en el tronco de un árbol, Barnard.

Así lo hice, mientras ella hacía lo propio con el otro extremo alrededor de su talle. Segura ya, avanzó hacia la maleza y yo, sin saber a qué misterioso impulso obedecía, la seguí.

No me quise apartar mucho de la cuerda, temiendo un posible hundimiento en la ciénaga. Alcancé a la joven casi al instante, y nuestras enguantadas manos, a una indicación de ella, empezaron a echar a un lado las ramas y hojarasca que componían aquel montón de maleza.

Había mucha, mejor dispuesta de lo que a primera vista podía parecer. Sin embargo, diez minutos más tarde, todo el montón yacía a un lado, dejando ver, ante nuestras atónitas pupilas, el techo de un coche, la mayor parte de cuya estructura yacía bajo la fangosa superficie de la ciénaga. El motor, por supuesto, no se veía, y el barro, apestoso y maloliente, alcanzaba la mitad de la altura de las ventanillas, pero tan sólo esto era suficiente para identificarlo.

Me estremecí. No por el hecho de que, casi inconscientemente, nos hubiéramos sepultado en aquel helado fango casi hasta la cintura, sino porque una vez hubimos descubierto el coche, reconocí el que había transportado a Delkato hasta la mansión. Se adivinaba fácilmente que lo habían hecho correr a toda marcha, saltando del pescante antes de llegar al pantano con el fin de hundirlo en el fango, pero al no conseguir, totalmente sus

propósitos, se habían visto obligados a ocultarlo con maleza, confiando en que el propio peso del vehículo acabara por hundirlo totalmente en la ciénaga. Posiblemente acabaría sucediendo así, pero aún había de pasar mucho tiempo, ya que estaba asentado en un terreno de relativa solidez.

Miré hacia la joven. Me aterró su gran palidez y el temblor de sus labios, cosas ambas que no podían achacarse del todo a la desapacible temperatura. Sus manos se crispaban nerviosamente en torno a la cuerda de seguridad, en tanto que sus ojos parecían extraviados, mirando hacia un punto situado en una indefinible lejanía.

Pero no, sus labios no temblaban, sino que se movían articulando una serie de palabras, ininteligibles, unas, audibles las otras. Y las que pude entender de cían:

—Igual..., exactamente igual... Han hecho con éste lo mismo que hicieron con «él»...

¿Quién era ese misterioso personaje? La joven había subrayado significativamente la palabra «él», y repitió la frase una o dos veces más, hablando consigo misma, ausente por completo del lugar en que se hallaba sin darse cuenta de mi presencia a su lado, con las pupilas extraviadas.

Carraspeé, como para darle a entender que no llevábamos equipo adecuado para una larga permanencia en aquel lugar. La joven se estremeció y, sin decir nada empezó a acumular maleza de nuevo sobre el coche.

Un cuarto de hora más tarde, y ayudados por la cuerda, salíamos fuera del pantano. Entonces ella me miró y mi aspecto le hizo desaparecer todas sus aprensiones.

Por primera vez en todo el tiempo que llevaba allí vi aparecer una franca sonrisa en sus labios.

—Lamento haberle colocado en esta situación, Barnard —dijo—. Eso no entra en sus funciones.

—Mi obligación es servir a la señora, no importa en qué forma.

¿Por qué se sonrojó tan vivamente? ¿Por qué se turbó, ante unas palabras tan simples como aquéllas? Rehaciéndose casi al instante, bajó la cabeza y tomó la cuerda en sus manos.

—Recojámosla —dijo, y sin más, empecé a enrollarla.

Terminé en un minuto, devolviéndosela. Una serie de preguntas,

todas ellas relacionadas con aquel sensacional descubrimiento, me quedaron a flor de labio, quemándome la lengua, pero no me atreví a formular ninguna, temiendo una respuesta que me devolviera al lugar que ocupaba. Devorado por la curiosidad, pero sin demostrarlo, metí la cuerda en el zurrón y luego fui a recoger la escopeta.

Para entrar en el pantano, las habíamos dejado apoyadas en el desnudo tronco de un árbol muerto, cuyas peladas ramas se retorcían contra el grisáceo cielo, apuñalando las nubes. Colgué la mía del hombro y luego tomé la otra para entregársela a la joven, que se había quedado a media docena de metros del lugar en donde yo me hallaba.

En aquel momento, un ruido extraño nos sobrecogió. Primero fue el sonido de unas ramas tronchadas bruscamente, como si alguien se abriera paso con violencia entre ellas.

Después oímos un grito no lejano, pero ininteligible, y casi en el acto un violento jadeo, una sofocada respiración, como si alguien se nos acercase a todo correr. Luego, el rumor de unas blandas pisadas, hechas con gran rapidez, en el suelo, y de pronto...

La espantable cabeza de uno de los fieros canes apareció, surgiendo como una visión de pesadilla, entre unos matorrales. «Satán», luego supe que era él, nos observó un segundo apenas. Tenía los ojos inyectados en sangre y un hilo de repugnante baba le caía por la abierta boca, en la cual relucían siniestramente los colmillos.

Súbitamente, sin el menor aviso, saltó hacia adelante.

Entre el matorral y la joven habría una veintena de metros, que el mastín recorrió a grandes zancadas. No ladraba ahora, sino que de su garganta se escapaban feroces gruñidos, mucho más horribles que los mismos ladridos. Se encaminó en derechura hacia la señora Montague, quien, aterrorizada, perdido el control de sí misma, quedó clavada en el suelo, como hipnotizada por la fulgurante mirada del can.

En un tiempo brevísimo tomé mi decisión. Mi propia escopeta pendía del hombro por la correa, y aunque hubiera querido utilizarla, no habría ya tenido demasiado tiempo. Pero en la mano tenía la de la joven, y ésta sí que estaba a punto.

No sé cómo acerté a echarme el arma a la cara. Lo único que

recuerdo es que, milagrosamente, tuve la serenidad para disparar un primer tiro, que acertó a medias su blanco, consiguiendo detener parcialmente al perro. «Satán» lanzó un agudísimo aullido de dolor, y se revolcó unos instantes por el suelo, tratando de arrancarse inútilmente aquellos proyectiles que, aunque pequeños, le hacían sufrir enormemente.

Entonces me vio a mí, y todo su odio, gigantesco, infrahumano, se concentró en mi persona, olvidando por completo a la joven. Se incorporó de un ágil salto.

Lo aguardé a pie firme. No tenía otra opción si quería vivir, si quería salvarla a ella también, y dejé que «Satán» se me acercara cuanto pudiera. En el último momento, le metí los cañones de la escopeta por la boca.

El disparo sonó sordamente. Los dientes del perro mordieron, en un último espasmo, el acero del arma, pero ya no tenía nada que hacer. Con un aullido, mezclado con el gorgoteo de la sangre que le brotaba a borbotones por la espantosa herida causada por la descarga de la perdigonada, se desplomó al suelo, pataleante, pero perdiendo las fuerzas a cada segundo que transcurría.

Entonces fue cuando me di cuenta de que sudaba copiosamente, temblando como un azogado. La señora Montague corrió hacia mí, pero antes de que pudiera alcanzarme, una voz enérgica, imperativa, detuvo su gesto:

—¡Margot!

Nos volvimos al unísono. El profesor, encendido el rostro, brillante por el sudor, corría desalado hacia nosotros.

—¿Estás bien, Margot? —preguntó anhelosamente.

—Sí, gracias —repuso ella secamente, y entonces el profesor se dio cuenta de que el mastín estaba a nuestros pies, agonizando.

Tan grande era su vitalidad, que a pesar de tener completamente destrozados el cerebro y la garganta, aún se agitaba con débiles convulsiones.

El rostro del profesor se transfiguró. Sin importarle mancharse con la sangre del perrazo, se arrodilló en el suelo, tomándole la cabeza entre sus brazos.

—¡«Satán»! ¡Mi pobre «Satán»! —murmuró, con doliente acento.

Yo miré a la joven, cuyo nombre acababa de saber ahora, al cabo de tantos días de estar a su servido. Ella permanecía quieta,

inmóvil, pálidas las facciones, pero habiendo recobrado por completo el perfecto dominio de sus nervios, indiferente por completo a las lamentaciones del profesor, a quien parecía se le estaba muriendo un íntimo pariente, mejor que un simple perro.

—«Satán» saltó sobre nosotros y Barnard se vio obligado a matarlo —declaró ella con tranquilo acento.

Un chispazo de odio brillaba en las pupilas del profesor, prestamente apagado, sin embargo. Se dio cuenta entonces le que el perro había muerto, y depositando cuidadosamente la cabeza sobre el suelo, se puso en pie.

—Lo siento —dijo con tono compungido—. Tuve un descuido, y los perros se me escaparon. Pude reducir a «Fuego», pero «Satán» consiguió huir. Lo siento —repitió.

Me di cuenta perfectamente de que mentía, pero ¿quién le demostraba lo contrario? ¿Por qué razón aquel día, precisamente, había sido el elegido para «descuidar» la vigilancia de los mastines, cuando yo sabía perfectamente que el profesor no fallaba nunca en este aspecto? No es que alguna vez no pudiera ocurrir tal contingencia, pero era demasiada coincidencia, la verdad.

De pronto, Montague reparó en nuestras ropas. Ella se dio cuenta de su inquisitiva mirada y exclamó:

—Estaba siguiendo a una cerceta y no me di cuenta de que me metía demasiado adentro en el pantano. Gracias a Barnard, que acudió en mi auxilio, puedo contarle; de lo contrario...

Pero el profesor no la miraba a ella; sus negras pupilas estaban fijas en el montón de maleza que seguía ocultando el automóvil de Delkato, como si intentase recordar el orden en que las ramas y la hojarasca habían sido colocadas.

Montague separó su vista con pesar de aquel punto y dijo:

—Quédese aquí, Barnard. El señor Schluss vendrá con el coche. Hemos de llevamos a «Satán» y enterrarlo esta noche en el parque. —Luego miró a la joven y dijo con entera naturalidad—: ¿Vienes, Margot?

Ella asintió, no sin pedirme antes la escopeta, que recargó de una manera entre ostensible e indiferente. Se despidió de mí con una frase de banal cortesía, y, seguida de su tío, desapareció en el bosque.

## CAPÍTULO VIII

Por la noche, después de terminada mi faena, subí a mi habitación, dispuesto a descansar. Me hubiera gustado hallar un momento para charlar a solas con la joven y preguntarle, haciendo caso omiso de toda prohibición, quién era «él», pero no pude encontrar el momento propicio. Despechado y defraudado, me encaminé al dormitorio.

Aquella noche no me extrañó ver de nuevo una segunda nota conminatoria, aunque más extensa que la primera vez. La quemé con una cerilla, con negligente ademán, tratando de no hacer caso de las frases escritas en el papel.

«Por favor, váyase; váyase cuanto antes. Si no, será demasiado tarde».

¡Qué razón tiene ese dicho: «Los dioses ciegan a quienes quieren perder»; y yo estaba ciego, completamente ciego!

## CAPÍTULO IX

Me desperté de pronto, con la súbita sensación de que alguien, de modo subrepticio, se había introducido en mi dormitorio. No veía nada, no oía a nadie, pero, no obstante, estaba seguro de que alguien más estaba allí en la estancia conmigo.

Paseé la vista por todos los rincones del dormitorio, tratando de descubrir a aquella persona que el instinto me decía estaba allí. Y de pronto una sombra fantasmal, en absoluto silencio, avanzó hacia mí, destacándose sus claros ropajes del tenebroso tono general del ambiente.

Me tiré de la cama, dispuesto a arrojarme sobre el intruso, antes de que éste pudiera atacarme, pero en aquel momento oí un siseo y luego una voz muy conocida que me decía:

—¡Pssst...! ¡No haga ruido, por el amor de Dios, se lo ruego!

Al instante reconocí la voz de Margot Montague. Tomé mi batín, que estaba a los pies del lecho, y me envolví con él, atándome luego el cinturón. Avancé hacia la joven, cuyo rostro estaba iluminado por un debilísimo rayo de luna que penetraba por los vidrios de la ventana entreabierta.

—¿Qué ocurre, señora Montague? ¿Le pasa algo?

—No..., no a mí, ahora, pero... Barnard, tengo miedo. Estoy aterrorizada, espantada... No sé qué pensar después de lo sucedido esta mañana y... se me ocurrió que usted quizá podría ayudarme, Barnard.

—Con mucho gusto, señora Montague, siempre que usted me diga qué es lo que he de hacer. Pero antes de meter yo baza, usted debiera informarme de lo que ocurre en esta casa.

Margot vaciló un momento, yéndose hacia la ventana, en uno de cuyos lados se apoyó, colocando luego la frente sobre el cristal, sin

duda para refrescársela.

Mucho había cambiado la sobrina del profesor, para deponer tan bruscamente su desdeñosa actitud para conmigo. No sólo sus palabras, sino sus gestos también denotaban que, efectivamente, tenía miedo y que, a primera vista, era yo la única persona en la cual podía confiar en toda la casa.

Tratando de calmar sus nervios, encendí un cigarrillo que luego le pasé. Ella lo tomó, inhalando ávidamente el humo, en tanto yo prendía el mío.

Después se volvió hacia mí.

—Seguramente me estará usted tomando por una loca, ¿no es eso, Barnard?

—¡Señora Montague!

—No disimule, Barnard; usted me cree falta de juicio, sobre todo habiendo venido a despertarle a estas horas de la noche.

—Estoy dispuesto a ayudarla en todo cuanto me sea posible, señora Montague —dije modestamente—. No tiene más que decirme lo que le ocurre y...

—Esta mañana... el perro no se había escapado —dijo con voz sorda, nuevamente apoyada la frente en el cristal—. Mi... tío lo había soltado contra mí...

—¿Contra usted? —exclamé atónito—. ¡Eso es imposible! ¡Los perros la respetan a usted!

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? —preguntó ella, toda sorprendida.

—La vi noches atrás, creo la primera de mi llegada. Usted cruzaba el parque, desde allí enfrente —contestó—. Y los perros salieron a su encuentro, pero no le hicieron nada. ¿Cómo se compagina?

—No lo sé, pero estoy segura...

—No acabo de creerlo, señora —dije—. Más bien baria que me buscaba a mí.

—Pero «Satán» saltó primero sobre mí, recuérdelo, Barnard.

—Posiblemente porque, con las ropas de cazador que llevaba, unido a la terrible suciedad que habíamos cogido en la ciénaga, el perro se confundió en el primer momento. Pero mire cómo después saltó hacia mí.

—No, no; era a mí a quien quería matar —dijo ella, con un

nuevo estremecimiento.

—Sigo sin entenderlo, señora. De todas formas, usted es libre; puede irse cuando quiera; nadie la sujeta aquí, de modo que...

—¡No puedo, no puedo! —murmuró ella, crispando las manos—. He de quedarme aquí hasta...

—¿Hasta cuándo, señora?

Se volvió de repente, mirándome con ojos que fosforescían en las tinieblas.

—Barnard —dijo—, ¿qué ha sacado en limpio del hallazgo del automóvil del señor Delkato?

—Nada bueno, señora Montague —contesté—. Sobre todo, después de lo que usted dijo cuando encontramos el vehículo.

—¿Qué es lo que yo dije, Barnard?

—«Han hecho con éste... lo mismo que hicieron con él». No sé quién es este segundo personaje; usted lo conocerá. En todo caso, estoy seguro de que Delkato ya no vive a estas horas.

—¿Qué es lo que usted supone que han podido hacer con Delkato, Barnard?

—Lo mismo que con «él» —contesté sin pestañear. Y luego, de repente, disparó—: ¿Quién era ese «él», señora Montague?

Me miró, con el labio inferior temblándole. De pronto se volvió, dándome la espalda.

—¡No me lo pregunte, Barnard, no me lo pregunte! —exclamó convulsa, estremecida.

—Entonces, señora, mucho me temo que mi ayuda no será todo lo eficiente que usted desea. Hemos quedado en que usted me explicaría...

No me dejó terminar la frase.

—Yo no dije tal cosa —dijo, girando en redondo y mirándome fijamente—. No hemos quedado en nada, Barnard. Dispénsame, pero no debiera haber venido a molestarle. Tiene usted razón en pensar que no estoy bien de la cabeza. Dispénsame otra vez; me voy a dormir.

Echó a andar, pero yo le salí al paso, deteniéndola.

—¡Un momento, por favor! —dije—. Antes de que se vaya, quiero hacerle a usted una pregunta.

—No puedo prometerle una respuesta, Barnard.

—Es..., es igual, señora. Dígame, ¿ha sido usted la que me ha

dejado dos notas, en dos ocasiones diferentes, bajo el embozo de la sábana, pidiéndome que me marchara?

Margot abrió los ojos desmesuradamente, y me di cuenta de que su sorpresa no era fingida.

—En absoluto, Barnard. ¿Por qué iba a querer yo que se marchara usted? ¿Qué es lo que le hizo suponer que había sido yo la autora de esas notas?

—Su presencia aquí, señora.

—Mi presencia aquí ha sido un error —dijo fríamente—. Estaba medio dormida y no me di cuenta de que había entrado en su habitación hasta que le vi a usted, Barnard. Andaba buscando una aspirina para mi dolor de cabeza...

La miré oblicuamente, temiendo que, efectivamente, hubiera perdido el juicio. La joven pasó por delante de mí, dirigiéndose hacia la puerta, que abrió de un golpe.

Una persona se enderezó bruscamente al ser abierta la puerta. Y al ver a la espectral señora Elliwan, con una palmatoria en la mano, mirándonos con aire sombrío, comprendí la aparente incongruencia de las últimas palabras de la joven.

—Lo siento mucho, señora Montague —dije—; soy un descuidado y no tengo lo que usted andaba buscando.

—Si la señora lo desea —dijo el ama de llaves con voz fría, impersonal—, yo puedo proporcionarle la aspirina que necesita.

—Gracias, señora Elliwan... —contestó Margot—. Creo que, en lugar de ello, tomaré una tableta de somnífero. Durmiendo se me pasará el dolor de cabeza.

La joven se volvió, mirándome con una expresión indefinible para otro que no fuera yo, y luego, dando media vuelta, se alejó.

La señora Elliwan permaneció allí un segundo, contemplándome de una manera barro desagradable y que no parecía augurar nada bueno para mí. Luego se marchó, dejando tras sí el largo rastro de una negra y oscilante sombra que parecía un legítimo espectro.

Por pura precaución, di media vuelta a la llave, y después me metí en la cama.

Pero ya había perdido el sueño aquella noche. Los inesperados acontecimientos me habían desvelado por completo y, viendo que no iba a poder dormir, encendí un segundo cigarrillo, en tanto meditaba acerca del diálogo que había sostenido con la joven.

Estaba a la mitad del pitillo cuando, de pronto, escuché un ruidito que me hizo alertar todos mis sentidos. Era un sonido metálico, como del choque de hierro contra hierro, y sin poderme contener salté de la cama.

Arrimándome prudentemente a la ventana, miré por ella. Al instante vi las siluetas de dos hombres, uno de los cuales llevaba un gran bulto al hombro. El otro, Schluss, fácil de reconocer por su obesidad, llevaba varias herramientas en la mano, una pala entre ellas.

Un frío sudor me recorrió la espalda de arriba abajo. ¿A quién iban a enterrar a aquellas horas? Pero, de pronto, recordé que aún no hacía veinticuatro horas que yo había matado a «Satán» y que nadie me había dicho que lo enterrara. Por lo tanto, el profesor, que era sin duda el que llevaba el cadáver del enorme perrazo sobre los hombros, quería reparar aquella falta.

Pero ¿por qué a unas horas tan intempestivas? ¿Es que no quería que nadie se enterara de dónde yacía uno de sus canes favoritos?

Me encogí de hombros. Después de todo, aquello no era cuenta mía. Había ido a caer en una especie de manicomio privado, y como siguiera yo allí mucho tiempo, acabaría también perdiendo el buen sentido.

O algo más, porque Delkato...

Sacudí la cabeza. No, no acababa de creer que Delkato hubiera sido asesinado. Pero si no lo había sido, ¿a qué tanto empeño en ocultar el automóvil bajo la hojarasca?

Tiré el cigarrillo al suelo, pisoteándolo con rabia. No, no había modo de contestar aquellas preguntas. Además, tampoco tenía por qué formulármelas; bien mirado, lo que hicieran los dueños de la mansión, no era cuenta mía. Allá ellos si se mataban entre sí o se volvían locos; yo lo único que deseaba era vivir tranquilamente..., pero algo me dijo interiormente que este deseo no iba a ser fácil de conseguir en un lugar semejante.

Permanecí largo rato junto a la ventana, hasta que vi volver al profesor y a Schluss, ahora de vacío, trayendo únicamente consigo la pala y el pico que les habían servido para excavar la sepultura del mastín. Luego rodearon la casa y desaparecieron de mi vista.

Un minuto más tarde, un ululante sonido hirió mis tímpanos. El aullido se prolongó largo rato, con trémolos de diferente intensidad,

y pude reconocer fácilmente los lamentos de «Fuego». Lo vi desde la ventana, plantado sobre sus cuatro patas, la cabeza alzada hacia lo alto, quejándose de la ausencia de su compañero.

Rabioso, excitado, al borde del ataque de nervios, me metí en la cama y me tapé las dos orejas con la almohada para ahogar aquel quejoso alarido que parecía querer taladrarme el cerebro.

## CAPÍTULO X

El alba me sorprendió tan despierto como cuando la señora Montague llegara a mi habitación. Me levanté, aseándome rápidamente, y bajé a la cocina media hora antes de las siete.

Ya estaban allí las dos mujeres, Dora y María, afanadas en sus respectivas labores. Después de saludarlas, me senté a la mesa, y María puso un plato ante mí, favoreciéndome con un guiño de aquellos que tenía por costumbre.

Pero no la hice caso. En lugar de ello dije, de sopetón:

—Estoy tratando de averiguar quién es la persona que en esta casa se dedica a gastarme bromas pesadas.

—¿A qué se refiere usted, señor Mac Bliss? —dijo Dora.

—En la noche de mi llegada y hace dos noches, alguien dejó sobre mi cama un aviso, ordenándome que me marchara de la casa. ¿Ha sido alguna de ustedes dos?

Mis palabras cogieron enteramente por sorpresa a las dos mujeres. Dora se volvió, olvidándose de su sartén, y en cuanto a María, me miró con unos ojos llenos de pasmo.

—¿Es posible?

—¿No nos estará usted tomando el pelo, señor Mac Bliss?

—No acostumbro a bromear —dije muy seriamente—, y menos en estas cosas. ¿A cuál de ustedes dos, estorbo yo?

María ya se había rehecho de la sorpresa que le habían causado mis palabras.

—A mí no —dijo, risueña e insinuante.

—¡Por Dios, señor Mac Bliss! —dijo Dora, toda sofocada—. ¡Qué cosas tiene usted!

—Así que ninguna de las dos ha sido, ¿verdad? —rezongué.

—Yo no, se lo juro —exclamó Dora vehemente.

—A mí no me estorba usted, señor Mac Bliss —dijo María—. Por el contrario, de no haber sido por usted, ya no estaría aquí.

—¡María! —exclamó la cocinera.

La joven se volvió hacia Dora.

—¿Qué te ocurre a ti?

—¿Por qué has dicho eso? ¿A dónde ibas a ir que mejor estuvieras que aquí?

María exhaló una risa desgarrada.

—¿Aquí? ¿En compañía de dos viejos chiflados; una mujer joven, neurasténica hasta las cejas; una vieja bruja como la Elliwan, que se pasa el día espiándote hasta cuando te limpias las uñas..., y una metomentodo como eres tú, Dora?

—¡María!

—Estoy diciendo la verdad y tú lo sabes, Dora. De no haber sido por el señor Mac Bliss, ya me habría largado con viento fresco.

—¡Hombre! —exclamé—. La verdad es que...

—No se haga usted muchas ilusiones, señor Mac Bliss —dijo Dora, furiosa por las palabras de la joven—. María es siempre así; en cuanto ve a un soltero pierde los estribos.

—Ahora no se trata de eso —dijo la muchacha—, sino de que, acaso Barnard acabe por arreglar todo lo que aquí ocurre.

—¿Y qué es lo que ocurre? ¿Porque yo no he visto nada de particular? —dije, con forzada indiferencia.

—¿No, eh? Ahí tiene al profesor y a su satélite, que se pasan el día entero en su laboratorio, encerrados como una ostra en su concha, elaborando sabe Dios qué diabólicos filtros...

—No sabía que hubiera en la casa ningún laboratorio —objeté.

—Pues lo hay; de ello no tengo la menor duda —continuó María, cada vez más excitada—. No sé seguro dónde lo tienen; como esta casa es tan vieja, seguro que debe haber alguna habitación secreta...

Mientras la irritada doncella continuaba hablando, mi atención se centró en una de sus últimas frases. «Una habitación secreta». ¿Sería posible aquello? Bien cierto era que, durante el día, era difícilísimo ver a ninguno de los dos, ni a Montague ni a Schluss, de modo que, en el fondo, las palabras de María no debían de carecer de cierta verosimilitud. Sin embargo, continuaba ignorando el motivo de la irritación de María.

—Y en cuanto a Delkato, yo no me trago tan fácilmente ese cuento de que madrugó y se marchó. Yo soy un poco más viva que todo eso, ¿comprende usted, señor Mac Bliss?

—¿Sí? —Sonreí con cierta negligencia—. ¿Y qué fue de él?

María abrió la boca, pero Dora la hizo callar.

—¡María! Estás hablando más de la cuenta, lió que debieras hacer es tomarte tu desayuno; recuerda que la señora Montague no tardará mucho en pedir el suyo.

—¡Déjame en paz, tía gorda! —rezongó la joven—. Yo sé lo que me digo y... Aquí se esconde un misterio muy grande, créame usted, señor Mac Bliss. Yo no le escribí esas notas, por supuesto, pero las suscribo por entero. ¡Váyase, váyase de esta maldita casa antes de que sea tarde!

La cocinera perdió la paciencia. Fue hacia la muchacha con la mano alzada, pero María la detuvo con sólo la expresión de su rostro, en el cual campeaba la ira más absoluta.

—Si me tocas te saco los ojos, Dora —dijo en tono bajo, pero firme y concentrado.

La cocinera, después de un segundo de vacilación, acabó por retroceder.

—Dispénsela usted, señor Mac Bliss. Es muy joven, ¿sabe?, y tiene la cabeza llena de historias de terror y cosas por el estilo.

—Ya, ya me supongo...

—¡No es cierto! —gritó María—. ¡Aquí se han hecho cosas...!

La doncella se calló en el acto. Sus ojos se clavaron en la puerta de la cocina, perdiendo instantáneamente su colérica expresión y adoptando inmediatamente una de terror pánico. Y no me hizo falta volver la cabeza para saber quién acababa de llegar.

—María —dijo el ama de llaves, glacialmente—. La señora Montague pide su desayuno. ¿Barnard?

—A sus órdenes, señora Elliwan.

—El profesor le reñirá si se retrasa.

—Ahora mismo voy, señora Elliwan —dije, limpiándome los labios con la servilleta.

Dora preparó en un momento las dos bandejas.

María y yo tomamos la nuestra respectiva, saliendo ella precediéndome inmediatamente. Caminamos muy juntos, subiendo la escalera casi a la par, y cuando María estuvo segura de que nadie

podía oír, inclinó levemente su cabeza hacia mí.

—Esta noche, a las once, señor Mac Bliss, en la escalera de caracol. Quiero hablarle. No deje de acudir, por favor.

Asentí con un leve parpadeo y en el rellano nos separamos.

Penetré en la habitación del profesor, el cual estaba ya dispuesto para emprender su cotidiana tarea. Y como de costumbre, se hallaba sentado junto a la ventana, leyendo aquel enorme libraco que yo había visto desde el primer día en sus manos.

No levantó la cabeza a mi saludo. Únicamente dijo:

—Ah, Barnard, buenos días. Ayer me olvidé de decirle una cosa.

—¿Sí, profesor...? Si se refiere al mastín, lamento que lo ocurrido...

Montague agitó la mano displicentemente.

—¡Bah, no se preocupe de eso! Pronto, hoy quizá, me traerán un sustituto.

—Lo celebro, profesor.

—Gracias, Barnard. ¿En qué estábamos? Ah, ya; ahora lo recuerdo. Sí, eso es. Ayer me olvidé de decirle que enterrara usted a «Sultán». Hágalo cuanto antes, en el fondo del parque, ¿me comprende?

## CAPÍTULO XI

Salí de la habitación del profesor, completamente aturdido por las inesperadas palabras que acababa de escuchar. Estoy seguro que, de haber tenido en aquellos momentos a mano un espejo, hubiera visto mi rostro sin un adarme de color en él, tan fuerte había sido la impresión recibida.

Permanecí allí unos momentos, tratando de rehacerme, y luego, cuando creí que mi aspecto era un tanto aproximado a lo normal, descendí a la cocina.

Dora se hallaba allí, muy atareada con sus cacharros. Apenas me vio, dijo:

—Tenga cuidado con esa chica, señor Mac Bliss.

—¿Por qué? —Arqueeé una ceja inquisitivamente.

—Oh, en realidad, no tiene nada de particular, señor Mac Bliss. Pero María es una chica joven y, la verdad, aquí no tiene muchos medios de distracción. Es cierto que la casa resulta un tanto sombría, pero de ello a suponer los disparates que ella piensa ocurren, va un abismo. ¿No lo cree usted así?

—Por supuesto, Dora. Creo que un marido le está haciendo mucha falta a María.

—Lo mismo opino yo. En fin —suspiró la mantecosa cocinera—; mejor será que olvidemos lo sucedido esta mañana. Seguro que durmió mal y por eso se levantó de tan mal talante.

—Seguro —dije con indiferencia, saliendo de allí.

Me encaminé al cuarto de la dínamo, donde guardaban las herramientas de la casa. Tomé un pico y una pala, y con ambas herramientas en la mano, salí fuera, buscando el cuerpo de «Satán», el cual estaba en el mismo lugar donde lo habíamos depositado el día anterior.

El cadáver de la enorme bestia pesaba bastante, y me costó un gran esfuerzo cargármelo al hombro. Cuando ya estaba dispuesto a salir hacia el lugar donde pensaba enterrarlo, oí una voz que me llamaba.

—¿Qué va a hacer usted, Barnard?

Me volví lentamente.

—Ya puede verlo, señora Montague —dije—; voy a enterrar al perro.

La joven se mordió los labios, como vacilando acerca de lo que tenía que decirme. Al fin murmuró:

—Voy con usted, Barnard.

—Como guste, señora Montague.

Ella misma tomó las herramientas y se emparejó a mi lado. Caminamos en silencio hasta el fondo del parque, muy junto a la tapia, en donde arrojé el yerto cuerpo de la bestia al suelo. Evitando mirarla, pues la verdad es que no ofrecía un aspecto muy agradable, tomé el pico y comencé a cavar en la tierra húmeda.

Algunas gotas de agua cayeron sobre nosotros, pero no era una lluvia continua, sino más bien intermitente, y en todo caso de poca importancia. Tuve que trabajar de lo lindo, antes de haber abierto una fosa lo suficientemente profunda para que la descomposición del cadáver del mastín no nos diera algún disgusto más adelante.

Mientras tanto, ninguno de los dos hablábamos. La joven, vestida con unos simples pantalones y un ceñido suéter, estaba apoyada indolentemente en el tronco de un árbol, contemplando mi labor. Cuando hube concluido la excavación, empujé con el pie el cuerpo del perro, y al momento me puse a cubrirlo con tierra, que luego apelmacé cuanto pude, golpeando con mis botas hasta dejar el suelo casi nivelado.

Al terminar tenía el cuerpo empapado en sudor, pues el ejercicio había sido violento. Me incliné, recogiendo las herramientas y, al levantarme, vi los ojos de Margot fijos en los míos.

—Anoche pensaría usted que estoy loca —dijo de pronto.

—¿Por qué? Acaso un poco excitada, señora; pero nada más. Es lógico que viviendo en esta casa...

—No eche las culpas a la casa, sino a sus moradores, Barnard.

Hice un gesto de indiferencia.

—Con su permiso, soy un simple asalariado que oye y obedece,

señora.

—Ya se lo he oído anteriormente, Barnard —dijo ella con acentos de impaciencia—. Ahora quiero que, además de oír, piense.

—¿En qué?

—En lo que ocurre aquí. Recuerde que hayamos el automóvil de Delkato. ¿Qué ha sido de él?

—Usted puede saberlo mejor que yo. Dijo que había corrido la misma suerte que... otra persona a la cual no he conocido. Por lo tanto...

María descruzó los brazos.

—Es cierto —murmuró sordamente—; no ha podido ocurrir de otro modo. Y sin embargo... ¡Barnard! —exclamó bruscamente.

—Dígame, señora Montague.

—Usted sabe que soy la sobrina del profesor.

—Así es —contesté prudentemente.

—Pero no se le ha ocurrido preguntarse por qué sigo aquí.

—Son cosas que no me competen, señora Montague —murmuré.

—En realidad, no soy su sobrina, sino por mi matrimonio con el hijo de su hermana.

No contesté natía. Quería dejar que ella misma fuera la que se explayara, pese a que no me faltaban ganas de hacerle un interrogatorio a fondo. Contuve mis deseos, esperando que continuase, pero de pronto se irguió.

—Está bien ya, Barnard. Vámonos.

Me mordí los labios, completamente defraudado. Parecía que la joven se iba a lanzar por el camino de las confidencias, pero, evidentemente, a última hora, se había arrepentido. Procurando ocultar la decepción que el hecho me causaba, seguí junto a ella.

Al reanudar nuestro camino, seguimos uno un tanto distinto del anterior, desviándonos unos metros a la izquierda de éste. Margot caminaba con paso vivo, delante de mí, sin preocuparse de si yo la seguía o no, esquivando los espesos matorrales que se alzaban con frecuencia ante nosotros.

Súbitamente, al volver un grupo de matas mayor que el resto, la vi vacilar y caer. Lanzó un pequeño gritito de susto y yo me precipité a socorrerla, arrojando las herramientas al suelo.

—¿Se ha hecho daño? —inquirí.

—No..., no ha sido nada de particular. Es que... el tacón del

zapato se hundió en la tierra y...

Maquinalmente, miré hacia el lugar que ella decía. En el mismo instante, un fuerte estremecimiento sacudió todo mi cuerpo.

En aquel punto, la tierra estaba removida en una extensión de unos dos metros de largo por uno de ancho. Habían tratado de ocultar lo que allí se había hecho, pero la cosa no había quedado muy bien, quizá porque había sido ejecutada durante la noche.

Margot también se dio cuenta del detalle y su rostro palideció horriblemente. Nos miramos mutuamente, con un aprensivo escalofrío, y luego ella, sin precisar mi ayuda, se puso en pie.

—¡Está aquí, Barnard! —gritó—. ¡Aquí, aquí está!

Me arrojé sobre ella, tapándole la boca con la mano. Sus ojos se dilataron.

—¡Cállese! —dije en tono bajo—. ¿Quiere que la oigan?

Quitó la mano y vi que su cuerpo temblaba.

—Lo han enterrado aquí, Barnard —dijo, en tono apenas audible.

—¿A quién? —pregunté, con fingida inocencia, en la que ella no creyó.

—No se haga el desentendido. Delkato está aquí —y su pie golpeó la tierra—; aquí, debajo de nosotros. Lo mismo que... Sólo que «él»... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es lo que harían con «el»? ¿Dónde estará?

Tragué saliva. La cosa, en verdad, se estaba complicando. Y en aquellos momentos me pareció que el histerismo de María tenía bastantes visos de certeza. Margot tenía miedo; María tenía miedo, y yo..., yo estaba empezando a temblar.

Súbitamente, la mano de Margot tomó mi brazo con nerviosa presión.

—Escúcheme, Barnard, Esta noche tenemos que venir aquí.

—¿Aquí? —Me espanté.

—Sí, aquí. Vendremos cuando estén durmiendo todos, Barnard. Excavaremos esta tumba y así... así tendré una prueba que me permita... ¿Vendrá usted, Barnard?

Aquello empezó a no gustarme de veras. No me hacía la menor gracia andar cavando tumbas y desenterrando cadáveres a las tantas de la madrugada, especialmente cuando, por meter mis narices donde no me importaba, podía acabar yo mirando las raíces de los

árboles desde abajo. Pero la mano de Margot volvió a sacudirme de nuevo.

—Prométame que vendrá, Barnard —dijo—. Prométamelo. Tengo dinero; le pagaré lo que sea, lo que me pida, pero venga, se lo ruego.

—Es que... —vacilé.

—¿Tiene miedo? —me preguntó desdeñosamente.

¡Vaya! Podía haberme hecho otra pregunta que no fuera aquélla.

—Está bien —terminé por acceder, y de pronto recordé una cosa —: ¿Y los canes?

—Ahora no queda más que «Fuego», Barnard. Y ya sé cómo salir sin peligro alguno.

—¿Sí?

—Sí. Ahora regresaremos a casa, y yo le daré un tubo de pastillas somníferas. Tome cinco o seis; será suficiente. Luego las pulveriza bien y las mezcla con una bola de carne picada.

—Tiene usted una respuesta para todo, señora Montague —exclamé, admirado.

—¡Bah! —dijo ella, indiferentemente—. Es un truco elemental, Barnard. Entonces, ¿quedamos de acuerdo en que... es buena hora las doce de la noche?

Efectué un rápido cálculo mental. A las once con María; a las doce con Margot. No estaba mal del todo... si esto hubiera sido en una ciudad alegre y con medios de diversión; pero allí, con lo que estaba pasando, con la sospecha de que estábamos viviendo en medio de un cementerio particular, la verdad, no tenía mucha gracia que digamos.

Sin embargo, ya había dado mi palabra y no podía volverme atrás.

—Está bien; a las doce de la noche, señora Barnard.

## CAPÍTULO XII

Los apuros y los sudores por los que hube de pasar hasta conseguir preparar la bola de carne con el somnífero, no son para descritos. Al fin, pude llevarme un buen trozo de carne picada a mi cuarto, después de burlar la celosa vigilancia que Dora ejercía sobre la despensa, y una vez allí, necesité bastante paciencia para reducir a polvo media docena de tabletas de barbitúrico, suficientes para dormir a un buey a los cinco minutos de haber ingerido el pastel. Envolví la cosa en una bolsita de tela plástica, y luego desempeñé normalmente mis deberes, hasta la hora de dormir en que, ostentosamente, me retiré a mi cuarto.

Permanecí a oscuras, devorando cigarrillo tras cigarrillo, hasta que, al fin, las campanadas de las once sonaron en el distante reloj del vestíbulo. Entonces apagué la última colilla, y abrí la puerta con infinito cuidado.

No había nadie en el corredor. De puntillas, evitando causar el menor ruido, caminé hacia la puertecita que daba acceso a la escalera de caracol que conducía a la cocina, por cuyos escalones me aventuré, con bastantes prevenciones, por cierto.

Súbitamente, cuando apenas había descendido un parte de peldaños, una idea impactó con terrible brusquedad en mi cerebro: ¡no tenía armas!

Descuidado, ni siquiera se me había ocurrido tomar un mal cuchillo con el cual defenderme en caso necesario. Me maldije por mi estupidez, mas ya era tarde para remediarlo.

Tanteando las curvas paredes con ambas manos, empecé a descender. Una vez hube de detenerme, alarmado por un súbito ruido que había oído desde allí. Pero me tranquilicé al instante, cuando lo identifiqué como una ráfaga de viento demasiado fuerte.

De pronto, mis manos tocaron una cosa cálida y turgente. Una voz resonó siseante en mis oídos:

—¡Cuidado, señor Mac Bliss! Soy yo, María.

—Me alegro —repuse—. Bien, ya me tiene aquí. ¿Qué es lo que le ocurre ahora?

—Escúcheme con atención, señor Mac Bliss. Yo no soy tan tonta como parezco. Es cierto que me gustan los hombres, pero... soy joven, ¿no? ¿O acaso me iba a enamorar del elefante del Zoo?

—Por supuesto que no, María. Siga, siga —la urgí.

—Usted ya lo sabe, señor Mac Bliss: en esta casa hay que seguir el lema que dicta el brujo del profesor. Ver, oír y callar. Pero es que hay cosas...

—¿Qué cosas? —pregunté, maldiciendo la difusa prolijidad de la doncella.

—Verá... ¿Nunca se le ha ocurrido preguntar qué es lo que fue del esposo de la señora, el sobrino del profesor?

—No. Supongo que estará fuera. No le gustará vivir aquí...

Una risita de bajos tonos sonó en la absoluta oscuridad en que nos hallábamos. Por encima de nosotros el viento se lamentó agudamente y «Fuego» lo desafió con un par de sonoros ladridos.

—¡Fuera! —repitió María con desprecio—. No, señor Mac Bliss; el señor Montague, el joven, está aquí, en la casa.

—¡Caramba! —fingí asombrarme—. No irá usted a decirme que lo tienen secuestrado, ¿verdad?

—¡Secuestrado! —resopló María—. Secuestrado... de la misma forma que Delkato, eso es. Escuche, señor Mac Bliss —y la mano de la joven apretó mi brazo fuertemente—; aquí hay dos criminales, sí, señor. Se lo digo yo. Esa pareja, el profesor, que parece un demonio con figura humana, y su ayudante, Schluss, que es cien veces peor que él, pese a que siempre se está riendo, son dos... ¿Por qué cree usted que falta el joven señor Montague? A ver, dígamelo.

Me encogí de hombros.

—Yo no lo sé, María. Eso usted debe estar mejor enterada que yo, ¿no?

—Sí —dijo con silbante acento—. Sí, yo lo sé, y cualquier día...

La doncella se interrumpió de pronto. Sentí su mano temblar contra los músculos de mi brazo, y de pronto se soltó de mí.

Presentí algún vago peligro, cosa que pude advertir al darme

cuenta de la súbita interrupción de la muchacha. Quise volverme, pero algo muy duro cayó sobre mi cabeza.

Cientos de estrellas aparecieron bruscamente ante mis ojos. Las rodillas se me doblaron y hube de apoyar ambas manos en la pared para no caer al suelo.

Noté una presencia extraña en aquel lugar. Alguien se me echó encima, intentando golpearme de nuevo, pero en medio de la semiinconsciencia que me dominaba, aún pude conservar la suficiente presencia de ánimo para lanzar un golpe que chocó contra un hueso.

Alguien lanzó un sordo quejido, renegando suciamente. Repetí el golpe, y ahora noté que mi mano se hundía en algo blando, gelatinoso. El gemido se repitió.

Me levanté, apoyando la espalda en el muro para sostenerme mejor. Noté, a través de sus ropas, su fría humedad. Extendí las manos, para protegerme de un posible golpe, al mismo tiempo que sentía un miedo horrible, al darme cuenta de que estaba luchando en plena oscuridad, sin ver nada en absoluto, como si la palabra luz hubiera sido borrada del léxico.

Un objeto contundente silbó en el aire, chocando con fuerte ruido contra la pared. Mi antagonista maldijo profusamente al saber fallido su golpe, y yo se lo devolví con un directo que, milagrosamente, acertó su hombro, lanzándole contra el muro opuesto.

Pero el tipo era duro de pelar. Volvió de nuevo a la carga, agitando en el aire su matraca, golpeando con ella a diestro y siniestro, menudeando los viajes con la esperanza de alcanzarme en uno de ellos. Yo me defendí como pude, levantando instintivamente los brazos para protegerme el cráneo, pero no pude evitar que uno de los golpes me hiciera bajar la guardia durante un segundo.

Aquello fue suficiente para mi enemigo. Como si éste gozara de la facultad de ver en la noche, bajó la mano, usando de todas sus fuerzas.

Algo estalló con deslumbrante llamarada dentro de mi cabeza. Un segundo más tarde, un oscurísimo telón cayó sobre mi conciencia, y no puedo recordar hoy el momento en que, perdido el conocimiento, me desplomé como una masa sobre los escalones.

La primera noticia que tuve de que volvía a la vida fueron unas

manos que me cogían por debajo las axilas, tratando de levantarme. Puse mi empeño en ayudar a mi improvisado salvador, y aunque sentía la cabeza a punto de estallarme, a pesar de que todavía no coordinaba bien las ideas, conseguí ponerme en pie.

Una voz suave, amistosa, murmuró algo en mis oídos:

—¡Animo, Barnard! Haga un poco de fuerza. Usted pesa demasiado para mí.

Vacilando como un beodo, sostenido por aquella persona que tan oportunamente había acudido, logré remontar la escalera y alcanzar mi habitación. A tientas llegué a la cama, en donde, exhausto, sintiendo todavía mil estruendosos ruidos dentro de mi martirizado cráneo, me dejé caer de golpe.

Aquella persona fue hacia la ventana, corriendo cuidadosamente las cortinas, después de lo cual encendió 3a luz.

Parpadeé, deslumbrado, cegado por el resplandor de la lámpara. Luego, cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la luz, divisé el pálido semblante de Margot Montague, contemplándome con ansiedad no disimulada.

## CAPÍTULO XIII

Una ráfaga de viento envió contra la ventana un pequeño turbión de gotitas de agua, haciendo rechinar los vidrios. El lejano rumor del oleaje del Atlántico llegó hasta nuestros tímpanos, cabalgando en alas del absoluto silencio de la noche.

Bajo la ventana, «Fuego» se lamentó, buscando inútilmente a su compañero. El mastín ululó lastimeramente, y luego pegó dos o tres bocados al aire, haciendo chasquear ruidosamente las mandíbulas, como una sonora protesta contra los sucesos que le habían dejado sin su par.

—¿Qué le ocurrió, Barnard? ¿Quién le atacó?

—No..., no lo sé —dije, tratando de incorporarme—. Estaba a oscuras y...

—¿Por qué estaba usted allí? —preguntó la joven, con cierto tonillo acusador.

La miré, decidiendo que no valía la pena mentirle. Así que en dos palabras le conté todo, sin omitir detalle, hasta el momento en que María presintió la llegada de mi atacante y huyó, amparándose en las tinieblas.

Cuando terminé mi escueta relación de los hechos, Margot permaneció en pie ante mi lecho, mordiéndose los labios con aire abstraído.

—Así que la doncella le estuvo hablando de mi esposo, ¿eh?

—Cierto, señora Montague.

—Pero no llegó a decirle por completo qué había sido de él.

—No. Sin embargo, murmuró algo de que había corrido la misma suerte que Delkato.

—¿Cree usted que mi esposo está muerto, Barnard?

Esperaba una pregunta por el estilo, mas aun así, las palabras de

la joven me cogieron completamente por sorpresa. Después de tanta reticencia, parecía ir directamente al grano.

—No puedo decir nada, señora Montague. Carezco de los elementos suficientes para formar un juicio definitivo acerca de este asunto, ya que, cuando yo llegué, su esposo no estaba en la mansión.

—Pero ha podido darse cuenta de algunas de las cosas que han sucedido, Barnard. Relacionando unos hechos con otros, acaso se ha formado una opinión...

—En estos asuntos, señora —dije—, las opiniones no cuentan. Son los hechos, y de lo que ocurrió antes de mi llegada a la casa, yo no puedo juzgar. Usted tendría que saberlo mejor que yo, ¿no? —pregunté intencionadamente.

Una chispa de agitación apareció en los glaucos ojos de Margot. Sus manos se unieron, retorciéndose nerviosamente. Luego dijo:

—No sé qué pensar, Barnard. A veces pienso que sí, que ha muerto... Se despidió de mí..., es decir, dejó una carta diciéndome que salía en viaje de negocios para Méjico... Después tuve dos o tres cartas más, y luego toda la correspondencia cesó. Ya no he vuelto a saber de él.

—¿Negocios en Méjico? ¿Qué clase de negocios, señora?

—No lo sé. Nunca me habló de sus asuntos. Sé que, antes de casarnos, había estado varias veces en aquel país, por lo que, en aquel momento, y salvo el hecho de que no me lo participara personalmente, no me preocupó gran cosa su ausencia. Fue después cuando empecé a pensar mal..., cuando sus cartas se espaciaron primero y cesaron después... Cuatro, semanas después de haberse ausentado, cesó toda correspondencia. Yo escribí varias cartas a la dirección que él me había dejado, pero me fueron devueltas, diciéndome que se había ausentado. Eso es todo cuanto puedo decirle por ahora, Barnard.

—Pero, entonces, ¿por qué dijo usted que había corrido la misma suerte que Delkato, aparte de que no sepamos aun exactamente lo que le pasó a éste?

—¿No vio la tumba recién excavada en el parque, Barnard? Es la de Delkato; no le quepa la menor duda —afirmó Margot con energía.

—Muy bien —contesté—; demos por sentado que Delkato está

bajo los olmos. ¿Qué es lo que le hace suponer que su esposo haya precedido a aquél?

—No lo sé..., no puedo asegurarlo. Pero, en cambio, sí estoy en condiciones de afirmar una cosa. Mi marido no se habría ido nunca a Méjico sin decírmelo a mí personalmente, en lugar de confiar la noticia a un trozo de papel.

—Una afirmación muy arriesgada, pero que no carece de fundamento, partiendo de usted, que era la persona más indicada para conocer al joven señor Montague. Ahora bien: ¿conserva usted las cartas que le escribió su esposo?

—Sí, por supuesto —parpadeó ella, un poco asombrada.

—Perfectamente. Le voy a dar un consejo: guárdelas. Guarde esas cartas mejor que si fueran todos los tesoros de Golconda, ¿me entiende?... Ahora, cuando vuelva a su habitación, tómelas y escóndalas en un sitio que sólo pueda ser conocido por usted. Que nadie lo sepa, se lo recomiendo.

Margot pareció entender lo que yo le decía. Asintió.

—Así lo haré, Barnard —me aseguró; y de pronto, recordó algo —: Teníamos que salir esta noche al parque.

Me toqué la parte alta de la frente, donde había crecido un bulto del tamaño de un huevo de paloma.

—Lo siento, señora, pero habrá de disculparme y aplazar la excursión. Ha de comprender que no me encuentro con fuerzas para ello.

—Desde luego, Barnard —dijo—. Bien, no le molesto más. Procure descansar; le está haciendo mucha falta.

—Gracias —contesté, viéndola caminar hacia la salida de la estancia.

Pero antes de que llegara a la puerta, se me ocurrió una pregunta.

—Señora Montague...

Margot se volvió, mirándome con fijeza.

—¿Qué hay, Barnard?

—Cuando su marido partió para Méjico, ¿cuánto tiempo hacía que se habían casado?

—Apenas seis meses, Barnard.

—Eso es todo, señora Montague. Muchas gracias.

Margot apagó la luz precavidamente, antes de salir, y luego se

esfumó silenciosamente. Entonces yo dejé caer la cabeza hacia atrás y me entretuve en dominar el dolor que sentía en el lugar del golpe, mediante un nuevo recuento de los sucesos. Pero no pude terminar; afortunadamente, el sueño vino en mi auxilio y me dormí como un leño.

María no dijo nada cuando me vio aparecer por la mañana en el comedor. Parecía como si no nos hubiéramos visto desde recién cenados, y mariposeó a mi alrededor como de costumbre, provocando más de un fruncimiento de cejas de la rolliza Dora. En el momento oportuno, tomé la bandeja y subí el desayuno a la habitación del profesor.

En el camino me encontré con Schluss, el cual acudía hacia el comedor tarareando una intrascendente cancioncilla. Pasó por delante de mí, y me dijo:

—En cuanto termine con el profesor, sírvame a mí; Barnard.

—Si, señor Schluss —incliné la cabeza, tratando de dominarme para no clavar la vista en el profundo moretón que tenía en su ojo izquierdo.

Así, pues, aquel obeso tipo había sido el que me había golpeado la noche anterior. Y ahora, el muy canalla, pasaba delante de mí tan fresco, incluso ostentando su ojo hinchado, como si no hubiera ocurrido nada. Ganas me entraron de levantar la bandeja y estampársela en su gorda cabezota, pero al fin conseguí dominarme y empecé a subir la escalera.

Llamé a la puerta del cuarto del profesor. Cuando me dieron permiso para entrar lo hice, depositando luego el servicio sobre la mesita de costumbre. Montague estaba vuelto de espaldas a mí, frente al fuego, y aguardé en pie, contemplando una vea más aquel cuadro que representaba la ejecución de María Antonieta y que me hacía estremecer cada vez que fijaba la vista en él. Pero no podía apartarla, puesto que la escena tan crudamente representada, ejercía una especie de hipnótica fascinación sobre mí, que no conseguía dominar del todo.

El ruido del sillón al levantarse el profesor, me hizo volver a la realidad. Montague giraba hacia mí y entonces descubrí en su rostro algo que me dejó por completo estupefacto.

¡El ojo del profesor estaba amoratado también!

Mi desconcierto fue tan grande, que Montague no pudo por

menos de advertirlo.

—¿Qué le ocurre, Barnard?

—Oh..., nada, nada de particular, profesor. Con su permiso...

En cuanto pude me escabullí de aquella habitación, cerrando la puerta y dirigiéndome hacia abajo con la velocidad del rayo, como si me persiguieran mil legiones de demonios. No fue sino hasta haber llegado a la altura del comedor que recobré la compostura.

Schluss oyó mis pasos y gritó:

—¡Barnard! ¡Dese prisa, por favor; tengo mucho que hacer esta mañana!

Cuando hube terminado, me dirigí al cuarto de la dínamo. Tenía algo que hacer allí, nunca faltaba un poco de trabajo, y decidí que, puesto que aquella mañana no me habían dado ninguna orden en concreto, aquél era el mejor refugio que podía encontrar por el momento.

Penetré en el semisótano, cerrando la puerta a mis espaldas. Iba a encender un cigarrillo cuando, de pronto, recordé el peligro de fumar en aquella estancia, uno de cuyos lados estaba completamente atestado de bidones llenos de combustible. Guardé de nuevo el cigarrillo y paseé mi mirada por el lugar, como buscando un trabajo que, en realidad, no había que hacer.

Permanecí así unos momentos, en completo silencio. Incluso el viento se había calmado, de modo que no llegaba al sótano ningún sonido del exterior. Podía oír perfectamente mi calmosa respiración, pero en aquel lugar desprovisto de calefacción, terriblemente frío y húmedo, no podía uno estarse quieto, so pena de atrapar rápidamente un buen catarro.

De pronto, un sonido hirió mis tímpanos. En el primer momento volví la vista hacia la puerta, sobresaltándome. Luego me di cuenta de que aquel ruido no procedía de la entrada.

Con la vista busqué el sitio donde los ruidos parecían sonar más próximos. Lo hallé al otro lado del generador, en un espacio que había entre éste y la pared.

Los ruidos seguían. Apliqué la oreja al muro y escuché.

Las edificaciones antiguas suelen, a veces, tener efectos raros que sus constructores no supieron prever. El muro era enormemente grueso, cuando menos en apariencia, pero dejaba pasar las palabras de quienes estaban hablando al otro lado de él, acaso a través de

una grieta no perceptible a simple vista.

No podía oír toda la conversación seguida, puesto que los dos interlocutores parecían ir y venir, como si pasearan por una amplia habitación. Pero no se me hizo difícil saber que eran el profesor y Schluss los que estaban dialogando, y no muy amistosamente, por cierto.

—Le digo a usted que ya estoy cansado de tanto fracaso, Schluss.

—Por favor, profesor; la ciencia no es producto de un experimento afortunado, sino un conjunto de fracasos que, reunidos, acaban por formar el éxito. Y usted lo logrará, es cierto.

—Sí, lo lograré —gruñía Montague—; pero ¿cuándo? ¿De qué sujetos dispongo ahora para el próximo experimento? Se me han acabado los perros... Y además usted lo sabe tan bien como yo, para lo que nosotros queremos los animales no sirven tan bien como las personas.

Me estremecí al oír aquellas palabras. ¿A qué diabólicos experimentos se refería el profesor?

Schluss soltó una risita de tonos escalofrantes.

—No se preocupe, profesor. Quizá antes de poco pueda yo proporcionarle un sujeto para sus experiencias. Tendrá un poco de paciencia, ¿eh?, y antes quizá de lo que espera, podrá utilizar de nuevo esta preciosa...

No pude saber qué cosa calificaba Schluss como preciosa, porque en aquel momento un sordo golpe, sonando bruscamente, hizo trepidar la casa. Aquel golpe me hizo recordar otro que oyera a poco de mi llegada allí, precisamente la noche en que desapareció Delkato.

Un frío sudor inundó mi frente. Por una parte quería huir de allí, pero por otra, sentía los pies clavados en el suelo, anhelando escuchar el final de aquella terrorífica conversación.

Montague pateó el suelo impaciente.

—Está bien, Schluss, está bien. Pero le prometo no pasar de la próxima experiencia, sea cual sea su resultado. Ya me estoy cansando de todo esto, y no solamente me estoy cansando, sino que temo que todo el pastel acabe por descubrirse y...

Las últimas palabras del profesor se convirtieron en un murmullo ininteligible. Supuse que Schluss se lo había llevado de allí, por lo que, en el acto, me separé del muro, buscando algo en

qué entretenerme y disimular por si era visto o sorprendido de repente.

Pero no ocurrió nada. Ni en aquéllos momentos ni hasta después de cenar, en que, habiéndome retirado a mi habitación, encontré una nota bajo el embozo.

«Esta noche a los doce».

Quemé el papel y aguardé.

## CAPÍTULO XIV

Cuando el reloj del vestíbulo empezó a dar las campanadas de la medianoche, abrí la puerta y me deslicé como un espectro por el corredor hasta la cocina. Ahora no iba desarmado; había conseguido procurarme un buen cuchillo y no estaba dispuesto a dejarme atacar impunemente.

Margot estaba junto a la entrada de la casa. No dijo nada al verme, y una vez estuvimos reunidos, salimos fuera.

Había mucha nubosidad, pero también algunos claros, y a ratos un pálido rayo de luz lunar alumbraba el camino. No habíamos dado media docena de pasos cuando sentimos una ronca respiración muy cerca de nosotros.

Dominándome, arrojé el pedazo de carne que aún tenía de la noche anterior, a las fauces de «Fuego». El can empezó a morder con chasquidos que ponían frío en los huesos y, aprovechando aquella coyuntura, echamos a correr.

En pocos momentos llegamos al lugar donde estaba la tumba que suponíamos de Delkato. Había dejado las herramientas allí, y las tomé, empezando a cavar frenéticamente, ayudado incluso por la joven, que no regateó esfuerzo alguno.

Me imagino aquella escena de pesadilla, un hembra y una mujer, cavando apresuradamente a la luz de la luna unas veces, en absoluta oscuridad otras, sin pronunciar palabra, sin hacer el menor ruido, percibiendo únicamente el jadeo de sus entrecortadas respiraciones. Debíamos componer un cuadro realmente horrendo, pero siendo los protagonistas, afortunadamente, no nos percatábamos de ello. Y enfebrecidos por el ansia de confirmar nuestras macabras hipótesis, creo que tampoco habiéramos sido capaces de reparar en tal minucia.

Fueron sesenta largos minutos de un trabajo particularmente duro e intenso, sin el menor intervalo para descansar. Al fin, la pala que yo manejaba chocó contra un suelo mucho más duro que el que había tocado hasta entonces.

Fruncí las cejas. La fosa tenía ya una profundidad de metro y medio, y no creía que, si Delkato estaba allí, lo hubieran sepultado a mayor profundidad. Con aquélla era más que suficiente.

Comuniqué mis temores a la joven. Ésta, sin contestar, saltó al fondo de la tumba y encendió una diminuta antorcha eléctrica, apenas mayor que un lápiz, y de la que se había provisto con toda intención.

El estrecho haz de luz se paseó por todos los rincones de la excavación. Me arrodillé en el suelo, tocándolo con las manos y cerciorándome de que, en efecto, nuestros antecesores no habían excavado a mayor hondura. Habíamos llegado al fondo de la tumba..., ¡y Delkato no estaba allí!

Me incorporé, completamente desconcertado. Miré a Margot, la cual, lo mismo que yo, parecía terriblemente aturdida.

—No está aquí —musitó, moviendo una y otra vez la lámpara, aun corriendo el riesgo de descubrir nuestra situación.

—Es cierto —repetí—, no está aquí.

De pronto, la mano de la joven me tomó por el brazo.

—Ayer nos debieron espiar, cuando, después de haber enterrado a «Satán», descubrimos la tierra recién removida. Supusieron que volveríamos y han querido hacer desaparecer las huellas de su delito.

—¿De... su... delito?

—Sí, Barnard —exclamó ella con vehemencia—. ¿No lo ve? ¿Qué objeto puede tener la tumba más que contener el cuerpo de alguien que ha..., que ha sido asesinado?

—Aparentemente, así es, señora Montague. Pero el caso es que no hay cuerpo de dicho delito y que, por lo tanto, no los podemos acusar.

Los hombros de Margot parecieron perder su firmeza, hundiéndose repentinamente.

—Es cierto —dijo—. Yo confiaba en hallar el cadáver de Delkato, y así acusarles del crimen para, de este modo, averiguar qué hicieron con mi esposo. Pero ahora...

Tomé su mano, quitándole suavemente la linterna, que apagué.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer, señora Montague —dije, y ella asintió—: Lo mejor será que cubramos de nuevo la fosa y regresemos a la casa.

Así lo hicimos, después de otra hora de trabajo, durante la cual tratamos de hacer desaparecer todas las huellas de nuestra infructuosa labor. Regresamos en completo silencio, sintiéndonos en cierto modo derrotados, y sin cambiar una sola palabra, nos separamos en el vestíbulo, encaminándonos cada uno a nuestra habitación.

Llegué a la mía exhausto y derrengado. Me cambié de ropa y ya estaba dispuesto a tumbarme en la cama, cuando, súbitamente, la casa trepidó.

Una vez más se repitió aquel misterioso golpe cuyo origen yo desconocía por completo. Los cristales de mi ventana vibraron ligeramente y luego el silencio, un silencio denso, preñado de siniestras amenazas, se expandió por todo cuanto me rodeaba.

## CAPÍTULO XV

Cuando, a la mañana siguiente, bajé a la cocina, me encontré con una gran sorpresa. María no estaba allí.

Dora iba de un lado para otro, muy atareada, preparando los desayunos. Apenas me vio, exclamó:

—Ah, es usted, señor Mac Bliss. Siéntese; le serviré, ahora mismo. Tendrá que darse un poco de prisa, pues hoy ha de servir un desayuno más.

—¿Sí? —dije cortésmente—: ¿Qué ocurre?

Dora resopló.

—¡Nada! ¡Qué va a ocurrir! Esa solemne estúpida de María... ¿Qué piensa usted que ha podido hacer?

—No lo sé, Dora; he estado durmiendo durante toda la noche y... —mentí.

—Pues se lo voy a decir, señor Mac Bliss. María se ha largado, así como suena. Anoche, en cuanto terminó de cenar, metió sus cosas en la maleta y se marchó.

La sorpresa que demostré era mucho menor que la que sentía en realidad.

¡María se había ido! No es extraño, pues, que lo primero en que se me ocurrió pensar fuera en que había seguido el mismo camino que Delkato. Hundí la cabeza en el plato que tenía ante mí y procuré hallar la suficiente presencia de ánimo como para hacer un par de comentarios mordaces acerca de las jóvenes de hoy día que tienen la cabeza llena de pájaros y cosas por el estilo. Dora asintió, refunfuñando, y apenas hubo terminado, me puso una bandeja en las manos, diciéndome:

—¡Pronto, pronto! Súbale el desayuno al profesor; en cuanto vuelva tendrá que llevárselo a la señora Montague.

En el camino me crucé con Schluss, quien me saludó con un alegre guiño de ojos. Todavía tenía el suyo amoratado, pero no parecía sentir ningún completo de culpabilidad.

Dijo:

—Ya sé que ha habido una baja en el servicio, Barnard. Le relevaré de un trabajo, desayunando yo mismo en la cocina.

—Muy bien, señor Schluss —contesté tranquilamente.

Cuando regresé de la habitación del profesor, la hallé enzarzado en una apacible conversación con la cocinera, en la cual no pude hallar ningún tema sospechoso para mí. Dora empezó a llenar una segunda bandeja, y mientras lo hacía, aguardé de pie, junto a la frigorífica.

Schluss estaba sentado a la mesa que nosotros utilizábamos, en una posición que casi me volvía por completo la espalda. Le observé atentamente y, de pronto, mi vista reparó en algo que me extrañó profundamente.

Schluss vestía un traje relativamente claro, aunque de abrigo, dada la estación en que nos hallábamos. No sé cómo mi vista resbaló a lo largo de toda su figura y, de pronto, un súbito estremecimiento sacudió todo mi cuerpo.

Vi en una de las mangas de su traje unas manchas oscuras, que desentonaban profundamente con el color de la ropa. No eran muy grandes las manchas ni tampoco abundaban; serían dos o tres, apenas mayores que una moneda da un centavo, pero tenían un color entre rojo y marrón, que no predisponían al optimismo precisamente.

No pude seguir haciendo más observaciones, porque Dora me puso la bandeja en las manos.

—Dése prisa —dijo—; la señora Montague estará impaciente.

Asentí y salí de la cocina.

Cuando estuve frente a la puerta del dormitorio de la joven, llamé.

Casi en el mismo instante, la puerta se abrió y en el umbral apareció la figura del ama de llaves. Los negros ojos de la señora Elliwan me contemplaron unos momentos con no disimulado interés y luego se echó a un lado para facilitarme el acceso.

Margot estaba ya vestida, paseándose nerviosamente por la estancia. No me gusta ufanarme de nada, pero vi al momento un

destello de alegría en sus ojos, destello que desapareció al instante cuando el ama de llaves formuló una pregunta.

—Con el permiso de la señora, volveré más tarde, cuando haya desayunado.

—Hágalo cuando guste, señora Elliwan —repuso Margot sin mirarla.

La puerta se cerró tras nosotros y al instante exhalé un suspiro de alivio. Margot corrió entonces hacia la puerta y escuchó unos momentos atentamente, con el oído pegado al maderamen.

Luego se volvió hacia mí.

—¡Barnard! —exclamó.

—Diga, señora Montague.

—¿Recuerda usted que le hablé de las cartas que mi marido me había escrito desde Méjico?

—En efecto, señora.

—Pues bien, han desaparecido.

Respingué sin poder evitarlo y la miré fijamente a lo hondo de sus pupilas.

—¿Que... han... desaparecido?

—Sí, Barnard. Recuérdelo usted. Las cartas que me escribió desde Méjico mi esposo, cuatro, o cinco en total, más las que yo le había escrito y que me fueron devueltas. Todas ellas las tenía juntas, atadas con una cinta. Pues bien, cuando usted me recomendó que las escondiera, fui a buscarlas. Ya no estaban —concluyó dramáticamente.

—Supongo —dije—, que se las habrá quitado el mismo que ha hecho desaparecer a la doncella.

El rostro de Margot se cubrió instantáneamente de una máscara de gris ceniza.

—¡Dios mío! Barnard, ¿qué está usted diciendo?

—Esta mañana, cuando bajé a desayunar, Dora me dijo que María se había ido anoche.

—Yo no he oído el ruido del automóvil, Barnard —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

—Yo tampoco, pero éste es un detalle que, hasta cierto punto, carece de importancia. Ahora, después de lo ocurrido, quisiera hacerle a usted una pregunta.

—Dígame. ¿De qué se trata?

Medité unos segundos. Ante mí tenía nuevamente aquel fragmento de conversación que había oído a través del muro del cuarto de la dínamo, una de cuyas frases me había sobrecogido tanto. La había pronunciado Schluss. «No se preocupe, profesor. Quizá antes de poco, pueda yo proporcionarle un sujeto para sus experiencias...»

—Tengo entendido —murmuré—, que el profesor, ayudado por el señor Schluss, se dedica a ciertos experimentos de laboratorio.

—Así es, Barnard.

—¿Qué clase de experimentos?

—No lo sé. Nunca me he preocupado de tal cosa. Ni, por otra parte, ellos han mencionado el asunto en mi presencia. Cuando estamos juntos, hablan de cualquier cosa menos de lo que hacen en su laboratorio.

—Ya —dijo—. Y... ¿dónde está ese laboratorio? Que yo recuerde, no lo he visto todavía.

—Se entra por una puertecita disimulada que hay en el fondo del comedor. Pero esa puerta está siempre cerrada y la llave en poder de uno de los dos. Yo llevo aquí algún tiempo, como usted sabe, y todavía no he conseguido verlo. Es un lugar al que únicamente tienen acceso el profesor y su ayudante.

Asentí, dejando escapar una sonrisa sarcástica.

—Me parece —contesté—, que una noche de estas voy a darme yo una vueltecita por ese laboratorio fantasma. Me gustaría saber a qué rama de la ciencia se dedica su tío, señora Monta...

—El profesor no es mi tío —exclamó ella, indignadísima.

—Pero sí de su esposo.

—Mi esposo ha muerto, Barnard, recuérdelo.

Moví la cabeza negativamente.

—Mientras no hallemos su cadáver, sólo podemos decir que ha desaparecido —objeté—. Y el cadáver de su esposo es la prueba que necesitamos para darlo definitivamente por muerto.

—¿Cree usted que se encuentra aquí, en la mansión, Barnard?

—No puedo asegurarle nada, excepto que... ¿a qué tanto interés por hacer desaparecer esas cartas? A menos que usted esté equivocada...

Margot sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡No! Estoy absolutamente segura del lugar en donde las tenía

guardadas. Precisamente, no hace mucho las estuve viendo... aunque no hallé fuerzas suficientes para releerlas.

—Entonces, esa desaparición sólo quiere decir una cosa, señora Montague.

—¿Qué? —dijo ella, anhelantemente.

Que no eran legítimas, sino falsificadas.

El rostro de la joven expresó una absoluta sorpresa. Vaciló y hubo de asir el respaldo de una silla próxima para no caer.

—¿Falsificadas? —balbuceó.

—Exactamente.

—¡Pero yo conocía la letra de Henry!

—Nadie lo pone en duda, señora. Y el que las escribió en su nombre, también.

—¡Eso es absurdo, imposible! ¿Quién iba a...?

La joven calló de pronto, como si un detalle largo tiempo olvidado, acababa de aflorar a su mente.

—Calle —exclamó—. Ahora recuerdo... Sí, Schluss se ausentó al día siguiente de haberse marchado mi marido.

—¡Schluss! —grité triunfalmente.

El rostro de Margot se iluminó.

—¡Sí! Schluss se marchó y estuvo como un par de meses fuera de aquí. Oh, ¿y por qué no me habré dado yo cuenta anteriormente? ¡Qué tonta he sido!

—No se insulte, señora; es lógico que usted no reparara en tal detalle, preocupada por la ausencia de su esposo primero y la falta de correspondencia después. Mire, hagamos deducciones. Suponiendo que su marido fuera realmente asesinado, no es nada difícil marcharse al día siguiente. Schluss se va a Méjico y se inscribe en un hotel como Henry Montague.

—Cierto. Así tuvo que ser, Barnard —dijo ella, muy excitada.

—Nadie le conoce allí, ni nadie sospecha tampoco. Además, dése cuenta, el aspecto del ayudante, campechano, comunicativo, bromista, es para inspirar confianza al más receloso. Bien, allí es Henry Montague para todo el mundo. Escribe unas cartas apasionadas a su esposa, teniendo delante muestras de la escritura del joven Montague, y luego, al cabo de cuatro semanas, se ausenta. Deja esta dirección, ¿comprende?, de modo que las restantes cartas que usted escribe, se las devuelven aquí. Pero al regresar a la

mansión, desaparece el falso Montague, y por lo tanto, la correspondencia con su mujer, cesa definitivamente. Hecho esto, cruza la frontera, de regreso, con su auténtico nombre, Learoy Schluss, y así, su esposo ha desaparecido ya, sin dejar el menor rastro, de modo que usted siempre pensará que la ha abandonado, cuando, en realidad, murió la víspera de la marcha de Schluss.

»Pero ahora queda un detalle en el cual no han reparado, hasta que yo se lo recordé a usted. Es evidente que nos espionaron, escuchando la conversación que sostuvimos. Usted no se dio cuenta de la falsificación, porque no suponía que lo fueran aquellas cartas, pero ahora, sospechando ya lo que ocurre, no quieren que usted haga un examen más a fondo de la escritura, y mucho me temo, que aun siendo nosotros profanos en grafología, tales falsificaciones, no resistieran demasiado una prueba comparativa con una muestra legítima. Por otra parte, tampoco les conviene que usted pueda demostrar su desaparición del hotel mejicano y ¿qué hacen? Sencillamente esto: destruir también las cartas que usted escribió a Henry y que le fueron devueltas por ausencia del destinatario. Y faltando pruebas, no podrá nunca acusarles de sus crímenes, ¿me entiende? ¿Por qué se cree que hicieron desaparecer el cadáver de Delkato?».

Margot movió la cabeza, asintiendo.

—¿Pero por qué mataron a Delkato? ¿Qué motivos tenían contra él?

No tardé mucho en hallar mi respuesta.

—Seguramente necesitaban un nuevo sujeto para sus experiencias ¿y quién mejor que el propietario de la mansión? ¿Qué ocasión mejor que ésta para diferir en lo posible, acaso para siempre, el pago de esa deuda?

—Pero esto no lo soluciona de un modo definitivo, Además, ¿por qué no me han matado a mí también? Sobre todo, sabiendo, como saben, que sospecho de ellos.

Me encogí de hombros.

—No puedo contestar a esa pregunta, señora Montague. De todas formas, usted tiene algo de dinero, ¿eh?

—Cierto. No puedo considerarme como una mujer rica, pero tampoco tengo ningún apuro para el porvenir. Puedo vivir mucho mejor que lo que hago actualmente incluso, sin temer apuros

monetarios de ninguna Clase.

—Entonces no se hable más, señora Montague: ése es el motivo por el cual está usted viva todavía. Necesitan su dinero, por lo menos para ir tirando. ¿No es cierto que es usted quien mantiene la casa?

—Sí; y hubiera pagado la deuda que el profesor tenía contraída con Delkato, si me hubiera hecho la menor insinuación en tal sentido.

—Pero, si usted es la que paga todos los gastos, ¿por qué esa deuda?

Margot parpadeó, asombrada.

—¡Claro! ¿Por qué esa deuda? —repitió—. No tenía razón de existir... a no ser, claro está, que se hubieran gastado el dinero del alquiler en sus experimentos. No sería mucho, pero...

—No siga, señora. A veces, cuando un sabio está enfrascado en un trabajo, un dólar puede serle decisivo para conducirlo al triunfo. Y seguramente, el profesor dispuso del dinero que usted le entregaba para pagar el alquiler. Delkato vino aquí y...

Me interrumpí.

—Bien —dije—; creo que ya hemos discutido bastante. Tanto rato aquí voy a acabar por hacerme más sospechoso todavía. Una cosa le diré, sin embargo, señora Montague: no pienso dejar pasar esta noche sin averiguar lo que hacen en ese dichoso laboratorio.

Ella avanzó hacia mí impulsivamente.

—Y yo le acompañaré, Barnard. ¿A qué hora piensa ir?

—A la madrugada, después de la una.

—Muy bien; entonces, a la una y media en el comedor. Allí estaré, sin falta.

Recogí el servicio y me marché.

Cuando descendía las escaleras, vi al profesor y a su ayudante, charlando amistosamente, dirigiéndose hacia la puerta de salida de la mansión. Schluss sacó un enorme pañuelo de hierbas que se llevó a la nariz, sonándola ruidosamente. Algo revoloteó, desprendiéndose del pañuelo y cayendo al suelo.

No dije nada; aguardé a que se hubieran marchado y entonces, con gesto rápido, tomé aquel objeto que se le había caído al ayudante, guardándolo en mi bolsillo. Después fui a la cocina y devolví la bandeja, marchándome inmediatamente.

Metí la mano en mi bolsillo, tocando aquella cosa que había recogido. La mano pareció arderme y sin perder tiempo, subí a mi habitación.

Tenía sobre la mesilla una jarra de agua, de forma casi esférica. Tomé con el índice y el pulgar aquella cosa, colocándola al otro lado de la jarra, de modo que el vidrio y el agua, unidos, hicieran el papel de un lente de aumento. Seguramente las habría en la casa, pero no quería pedirla, para no incurrir en más sospechas.

La improvisada lupa dio unos resultados magníficos, ampliando enormemente el tamaño del objeto que yo sostenía en la otra mano, y que no era otra cosa que un minúsculo fragmento de un «film», un solo fotograma, que se había recortado sin duda, para hacer con él un examen parecido al mío, de la cinta de que había formado parte.

Pero cuando hube visto lo que allí se había fotografiado, mi rostro se cubrió enteramente de sudor, al mismo tiempo que, sin hipérbole alguna, mis cabellos se erizaban. Jamás, jamás antes de ahora, había contemplado una visión tan horrenda y espeluznante como la que tenía entre manos.

De no haber reconocido el rostro allí reproducido, hubiera podido jurar que se trataba de un magnífico truco fotográfico, pero no, no había el menor lugar a la duda. No había visto más que una vez a Delkato, pero aquel fotograma era suficiente para reconocerlo.

Estaba hecho en color, un color absolutamente realista. Delkato tenía los ojos desmesuradamente abiertos, distorsionado todo su rostro en una mueca imposible, de espanto más que de sufrimiento, ya que no parecía haber padecido físicamente apenas. Su boca estaba abierta, como si gritase en el momento de la impresión y, por la parte de atrás, casi junto a la nuca, unas manos sujetaban su cabeza... ¡a la cual le faltaba el tronco!

Cerré los ojos unos instantes, tratando de apartar de mi cerebro aquella espantosa visión. Pero ésta era más fuerte, que mi voluntad y volví a abrirlos.

Ya he dicho que el color de la fotografía era magnífico, absolutamente real. Y las huellas de sangre brillaban con siniestras tonalidades escarlata.

Vacilando como un beodo, dejé de nuevo la jarra sobre la mesita, en tanto que me sentaba en la cama, pues las piernas se negaban a sostenerme. Saqué el pañuelo, enjugándome la

abundante transpiración de mi rostro y luego, con dedos temblorosos, encendí un cigarrillo.

Por unos momentos, sosteniendo la cerilla ante mis ojos, pensé en quemar aquel minúsculo fragmento de fotografía. Pero no tardé en rectificar: aquélla era una de las pruebas que andábamos buscando. Tenía que guardarla, esconderla en un lugar absolutamente seguro, con el fin de que, al darse cuenta de su pérdida no pudieran hallarla. Al fin decidí que lo mejor era llevarla siempre encima, pues mi habitación sería una de las primeras que registrasen cuando advirtieran la desaparición del fotograma.

El tiempo se me hizo larguísimo, inacabable, pero al fin, la hora fijada llegó, y Margot y yo nos reunimos en el punto convenido, en medio de la más absoluta oscuridad.



—¿Quién le atacó, Barnard?

## CAPÍTULO XVI

Un repentino ladrido de «Fuego» sonó en el absoluto silencio de la noche, sobresaltándonos a los dos al cogernos por completo desprevenidos. El alambre de que me había provisto para abrir la puerta de entrada al laboratorio, se escapó de mis dedos, cayendo al suelo y produciendo un ruidito que, si en otra ocasión me hubiera parecido despreciable, en aquélla me hizo temblar de pies a cabeza.

Durante unos momentos, Margot y yo escuchamos atentamente, pero no se oyó ningún otro sonido. El mastín parecía haberse ido a la parte opuesta del parque, y hasta el viento que había estado soplando durante todo el día, parecía haberse calmado.

No ocurrió nada. Inclinéme, tanteé el suelo, hasta hallar el trocito de alambre, doblado en forma conveniente, con el que hurgué en la cerradura, hasta que pude percibir un chasquido que me indicó teníamos el paso franco.

Empujé la puerta lentísimamente, tratando de evitar con ello un problemático chirrido. Pero estaba bien engrasada y giró sobre sus charnelas sin el menor inconveniente para nosotros.

Cerré la puerta, tanteando la madera en busca de un cerrojo que nos permitiera algo de seguridad, en tanto hacíamos nuestras exploraciones. No lo hallé, de modo que tuvimos que pasar adentro y confiar en nuestra buena suerte. Entonces, Margot, a una indicación mía, encendió la lámpara eléctrica de que había venido prevista.

El estrecho haz de luz iluminó, en su recorrido, una habitación de regular tamaño, en la que no parecía haber gran cosa que se refiriese a un laboratorio. Únicamente, en el lado opuesto a la entrada, se veía una especie de mostrador, con unas cuantas hileras de tubos de ensayo, probetas, pipetas, un infiernillo de alcohol, una

balanza de precisión y poca cosa más. Posiblemente, un juego infantil «Aprende a ser químico», contendría más aparatos que los que estábamos viendo.

La lámpara continuó su recorrido. De pronto, un objeto saltó bruscamente en su campo de luz: un proyector cinematográfico.

En el primer momento, no supe hallar la relación entre el proyector y los experimentos del profesor. Luego, recordando el fragmento de «film» que había hallado, empecé a vislumbrar algo que bien podía encaminarnos sobre la pista de lo que con tanta ansia estábamos siguiendo.

—¿Para qué querrá el profesor eso? —cuchicheó Margot a mi oído.

—Pronto lo veremos, señora Montague —repuse, reparando luego en el rectángulo blanco que había a cuatro o cinco metros del objetivo. Aquélla, era la pantalla sobre la cual se reflejaban las imágenes proyectadas.

—Barnard, tengo miedo —dijo de pronto la joven, y al estar tan juntos, reparé que sus palabras eran ciertas y que temblaba perceptiblemente.

—Yo también —dije, y no mentía—; pero es preciso ser valiente, señora. De lo contrario, más valdría habernos quedado durmiendo tranquilamente.

—¿Y permitir que nos asesinen impunemente? —exclamó ella bruscamente.

—¡Ajá! Veo que toma las cosas por su lado verdadero. Bien; dejémonos de más discusiones. Si aquí hay un proyector, es evidente que por alguna parte deben estar los «films». Vamos a buscarlos.

Margot asintió. Juntos los dos, ya que llevando una sola lámpara, no podíamos separarnos, emprendimos una sistemática búsqueda por todos los rincones y recovecos del laboratorio, sin dejar un centímetro cuadrado de terreno por revolver.

Al fin, nos quedamos quietos junto al proyector, bastante desconcertados.

—¿Será posible que guarden las películas en otro sitio? —murmuré, sin poder evitar mi despecho.

Margot no contestó. Como yo, pensaba, tratando de hallar algún posible escondite para los «films», cuyas imágenes deseábamos con

tanto afán ver reflejadas en la pantalla. Resignada, dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

—Es inútil —musitó—; no están.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. La luz de la lámpara se reflejó contra el suelo, a los pies de la joven... y del aparato que sostenía la cámara de proyección.

El soporte era una especie de mesita de cuatro patas, muy largas y estilizadas, con una superficie plana en la parte superior, apta únicamente para sostener el proyector. Pero bajo una de aquellas patas se veía claramente una fina grieta en el pavimento, cosa que resaltaba aún más si se tenía en cuenta que el suelo era de cemento absolutamente liso, sin ninguna otra solución de continuidad.

Una súbita inspiración alumbró mi mente.

—A ver —exclamé—; déjeme.

Alcé la mesa, echándola a un lado. Luego me arrodillé en el suelo y empecé a tantearlo, hasta que, al fin, aquel trozo, giró por sí mismo en sentido horizontal, desplazándose una parte hacia arriba.

Ahugué una exclamación de alegría. Allí, en aquel lugar, tan fácil de pasar inadvertido, se veían tres o cuatro rollos, conteniendo cada uno de ellos varios centenares de metros de película.

Tomé el primero que me vino a la mano, colocándolo apresuradamente en el proyector. Apenas lo hube hecho, Margot apagó su lámpara y yo encendí el proyector, poniéndolo en marcha.

Tras los primeros balbuceos, cosa que suele ocurrir generalmente en toda película/ de aficionado, la escena principal apareció ante nuestros ojos. Schluss era su protagonista principal y un gran perro, casi del tamaño de los mastines, el secundario.

Lo que hizo Schluss a continuación con el perro no es para descrito. Sólo recuerdo que las uñas de Margot se clavaron repentinamente en mi brazo, en tanto se desarrollaba aquella horripilante escena ante nuestros ojos, magníficamente impresionada por cierto, en un color casi absolutamente natural. No había el menor truco en la sangre que allí corría y en uno de los momentos de la proyección sentí que Margot vacilaba.

La sostuve en tanto se desarrollaba el resto del carrete. Lo que había a continuación era todo muy parecido, de cierta monotonía dentro del macabro espanto que infundía.

Terminado aquel carrete, **puse otro dentro de la máquina.**

Reanudé la proyección con un experimento **similar** realizado con otro can. Nuevamente, Schluss volvió a tomar parte en la escena, y, como todas las veces anteriores, su rostro expresó claramente la decepción que sentía, lo cual nos indicó que aquél no era el buen camino para el logro de sus fines.

Pero súbitamente, una vez terminado aquel trozo de «film», la escena varió totalmente, aunque mejor estaría decir que no fue la escena, sino uno de los personajes, que ahora no era ya un animal sino un hombre.

La joven lo reconoció al instante. Extendió los brazos hacia él y yo, presintiendo que iba a gritar, a abalanzarse quizá contra la pantalla, a deshacerse, en suma, en un incontrolable ataque de histeria, salté sobre ella, rodeando su talle con un brazo, en tanto que con la mano derecha le tapaba la boca para impedir el grito que había estado a punto de brotar de sus labios.

Así, en tal postura, permanecimos un tiempo que se nos hizo interminable, presenciando todo el horror de aquella espeluznante escena, que hizo llegar la tensión de nuestro sistema nervioso a límites jamás sospechados por ninguno de nosotros.

Allí ante nuestras espantadas pupilas, estaba la prueba legítima de la muerte de Henry Montague, reflejada, segundo a segundo, en una impresionante colección de fotogramas de un verismo aterrador. Vimos al joven, pues apenas si tendría mis años, fuertemente atado, ser empujado por Schluss hacia el terrible aparato del cual se servían aquella pareja de criminales para sus experimentos. El joven se resistió, luchando desesperadamente contra el horrible destino que le aguardaba, pero todos sus esfuerzos estaban condenados de antemano al fracaso.

Le vimos abrir la boca y, sin duda, gritar a pleno pulmón, pero la película carecía de banda sonora. Henry fue arrastrado al fin, hacia el espantoso artefacto, y de pronto...

Cerré los ojos un segundo. Aquello era demasiado fuerte aún para los nervios de un hombre. Margot relajó de pronto sus músculos y el peso muerto de su cuerpo me indicó que ya no había podido resistir más, desmayándose. Pero yo presencie el resto de la escena, con los cabellos pegados a las sienes por el sudor que de ellas chorreaba, hipnotizado, fascinado por el inaudito horror que se desprendía de la pantalla, sin tener fuerzas siquiera para volver

el rostro a un lado.

El aparato funcionó y Henry Montague murió instantáneamente.

En el acto, las dos manos de Schluss tomaron la cabeza del joven, colocándola de modo que pudiera ser bien enfocada por el objetivo. Y entonces comprendí que no se habían acabado todavía los horrores de aquel «film».

Pues, estando separada la cabeza del joven de su tronco, sus labios se movían y sus ojos parpadeaban frenéticamente.

Esto duró muy poco; apenas quince o veinte segundos, ya que casi enseguida, el gesto de horror se inmovilizó en el rostro del asesinado. Y ahora por encima de la ensangrentada cabeza, vi una fría sonrisa en el rostro de Schluss, indicadora de que en aquella ocasión, las cosas habían salido un poco mejor.

El rollo terminó sin nuevas escenas, y yo corté la luz, deteniendo la marcha del motorcito del proyector, con una mano, en tanto que con la otra sostenía a la aún inconsciente joven. La deposité en el suelo, y a falta de otro revulsivo mejor, golpeé suavemente sus mejillas, hasta que, al fin, conseguí volverla a la vida.

Previendo que iba a gritar otra vez, se lo impedí de la misma forma que antes.

—¡No, no, por el amor de Dios! ¡Sea prudente, Margot! — exclamé, suprimiéndola el tratamiento sin darme cuenta—. Sea prudente; nos va en ello la vida.

Asintió con un leve parpadeo. Entonces le quité la mano de su boca y pregunté:

—¿Se encuentra en condiciones de ponerse en pie?

—Sí... ayúdeme, por favor, Barnard —dijo con voz vacilante.

Una vez se hubo incorporado, dije:

—Ahí está la prueba de los crímenes de su tío y de Schluss. Con este «film» es más que suficiente para enviar a los dos a la silla eléctrica.

—Desde luego —concedió la joven todavía estremecida y temblorosa—. Pero, queda en pie un problema, Barnard. Quizá el más difícil de resolver.

—¿Cuál? —inquirí.

—Nuestra marcha —repuso ella—. Necesitamos irnos de aquí.

—¿Ahora? ¡Está «Fuego», recuérdelo!

—Emplearemos el truco de la otra noche, Barnard. Por el día no

creo nos dejasen salir ya solos. Si nos vieran partir a los dos juntos aun para una simple cacería, como días atrás, Montague o Schluss nos arrojarían el mastín de nuevo. Y quizá esta vez no tuviéramos tanta suerte.

—Está bien. Pero preparar la carne nos llevará algo de tiempo, Margot. No sé si tendríamos tiempo de hacerlo antes del alba; es ya muy tarde y...

La joven calló un momento; luego dijo:

—¿Sugiere que lo dejemos para mañana?

Me mordí los labios.

—Salir ahora, tiene una ventaja: la da la sorpresa. Pero, de una forma u otra tendría que luchar con Fuego y no sabemos las consecuencias que esto podría acarrear, porque, aun dando por sentado que matase al perro, el escándalo despertaría a todo el mundo. Ésta es una desventaja muy grande, y no sabemos el resultado que podría darnos la intentona. Por el contrario, retrasando nuestra marcha en veinticuatro horas, tenemos todo ese tiempo para prepararla con toda comodidad... incluso narcotizando a Montague y sus cómplices. Me refiero a Schluss y a esa vieja bruja de la señora Elliwan.

—¿La señora Elliwan? —exclamó muy sorprendida la joven.

—Sí, claro. ¿O es que me va a decir ahora que ella no está aliada con esa pareja de asesinos? Podríamos llevarnos a Dora con nosotros; aunque naturalmente, no la diremos nada hasta el momento de la salida; no podemos arriesgar a una posible indiscreción que diera al traste con todos nuestros planes.

—Y nos llevaríamos los rollos, supongo.

—Eso por descontado —asentí—. Estoy seguro que además de la muerte de su esposo...

—¡Por favor! —dijo ella, vacilando otra vez.

—Lo siento, pero es preciso que siga, Margot. Digo que, además de lo que ya hemos visto, podemos suponer con toda certeza que en los rollos que no están proyectados se hayan impresionado los asesinatos de Delkato y de María. Esos centenares de metros de película son el pasaporte para la cámara de ejecuciones no lo dude.

Ella asintió, tratando de dominarse.

—¿Y qué hará ahora con ellos? ¿Dejarlos aquí hasta mañana?

Negué con energía tal posibilidad.

—En absoluto. Me los llevaré ahora mismo a la habitación; no siento el menor deseo de que se les ocurra escamotearlos como hicieron con el cadáver de Delkato.

Margot se estremeció nuevamente.

—Bien —murmuró—; entonces, creo que ya no nos resta nada más que hacer aquí. Barnard. ¿Nos vamos?

—Sí. Tenga la bondad de alumbrarme con la lámpara. He de recoger los rollos y dejar todo tal como estaba, para que así mañana no puedan sospechar que hemos estado aquí y que conocemos su secreto.

La joven hizo lo que le pedía y no tardé mucho en volver las cosas a su primitivo estado, pero dejando fuera los rollos. Cargué con los mismos, una vez hube terminado, y entonces, tomándola del brazo, nos dirigimos hacia la salida.

Pero en el momento que íbamos a llegar a la puerta, un estallido de luz, cegándonos, detuvo nuestra marcha en seco. La puerta se abrió y en ella aparecieron, con un gesto lleno de amenaza, los dos asesinos.

Margot exhaló un grito ahogado. Por mi parte, sentí que las piernas me flaqueaban.

## CAPÍTULO XVII

Montague nos miró con ojos en los cuales relucía un odio absoluto, inhumano. Sus manos se abrieron y cerraron varias veces, como si con ello quisiera expresar lo que pensaba hacer con nosotros.

En cuanto a Schluss, era portador de una pesada pistola automática, cuyo cañón cubría directamente mi pecho. Sonreía, como de costumbre, pero ahora su sonrisa ponía hielo en la sangre.

Los ojos de la pareja se clavaron al instante en los cuatro rollos de película que llevaba bajo el brazo izquierdo. Se dieron cuenta de que tenía en las manos su perdición y se dispusieron a actuar contra nosotros.

Pero yo, en aquellos momentos, fui el más rápido. No tenía armas, y aunque las hubiera tenido, la mano de Schluss hubiera sido más rápida que la mía. Excepto en una cosa, con la cual él, indudablemente, no había contado.

Puesto que Schluss era el único que tenía pistola, mi obligación era atacarle primero. Los cuatro rollos de película, pequeños, pero bastante pesados, volaron con toda la fuerza de mi brazo hacia su rostro. Schluss trató instintivamente de cubrirse, para lo cual hubo de desviar el cañón del arma, al levantar ambas manos para protegerse.

Aún estaban volando los rollos por el aire, cuando yo me había arrojado ya sobre el gordinflón. Pero Montague se interpuso en mi camino.

Lo lancé a un lado de un terrible cabezazo que le hizo lanzar un aullido de dolor. Margot gritó.

Después me eché encima de Schluss. Éste había conseguido recuperarse en parte, pero no le di tiempo a utilizar la pistola,

porque le así de la muñeca, tratando de arrebatarle el arma.

Sin embargo, Schluss era más fuerte de lo que parecía, y en los primeros momentos no cedió. Levantó la rodilla, clavándomela en el vientre y haciéndome doblar sobre mí mismo, en tanto un aullido de dolor se escapaba de mis labios. Pero no le solté.

Forcejeé con él duramente, yendo de un lado para otro. Vi, de un modo confuso, a Margot, espantada, apoyada en la pared, clavando en ella las uñas de sus dedos engarfiados por el terror. Montague renqueaba a gatas, tratando de incorporarse, sin conseguirlo del todo, renegando de un modo que en cualquier otra ocasión me hubiera dejado estupefacto.

Durante unos momentos, largos, interminables, Schluss y yo fuimos de un lado para otro, sin que se oyera otro sonido que el de nuestras jadeantes respiraciones.

De pronto, Margot lanzó un grito.

—¡Cuidado, Barnard!

Volví la cabeza a medias y vi una sombra oscura que se me aproximaba, enarbolando en alto un objeto alargado y muy pesado al parecer. Pero aquella persona no era el profesor Montague.

—¡Date prisa, estúpida! —jadeó Schluss, dirigiéndose a la recién llegada.

Ésta se echó encima. Me tiró un golpe a la cabeza, que pude desviar milagrosamente. A pesar de todo, un terrible dolor me sacudió el hombro derecho, inmovilizándome casi por completo el brazo. La fuerza se esfumó de mis dedos y Schluss consiguió soltarse.

Algo reventó dentro de mi cabeza con horrísimo estruendo. Millares de puntitos rejos bailaron una infernal zarabanda ante mis pupilas y, de pronto, me encontré, sin saber cómo, con la mejilla pegada al frío concreto del pavimento.

Lo último que recuerdo de aquellos amargos instantes es que en mis tímpanos resonó, terriblemente angustioso, un agudísimo grito de Margot. Luego ya, una tranquilizadora inconsciencia se apoderó de mi espíritu.

## CAPÍTULO XVIII

Poco a poco, fui recobrando el conocimiento. Atronadores torbellinos de oscuras nubes giraron en mi cerebro, aclarándose paulatinamente, hasta deshacerse totalmente en una claridad que deslumbró mis pupilas, haciéndome parpadear varias veces antes de acostumbrar a la cegadora claridad que reinaba en el lugar en que nos hallábamos.

La cabeza me dolía intensamente en el lugar golpeado, pero con un par de hondas aspiraciones conseguí reducir notablemente aquel dolor. Aparte de que, lo que iba a ocurrir a continuación, me lo hizo olvidar por completo.

Advertí que estaba sentado en una silla, a la cual había sido amarrado sólidamente, incluso hasta los pies. Al abrir los ojos vi a Margot, sentada de igual manera a corta distancia de mí, la cual me miraba con ojos ansiosos. Su cara estaba muy pálida, pero, por lo demás, no parecía haber sufrido daño alguno.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó, inquieta.

Tuve la fuerza de ánimo para emitir una amarga sonrisa.

—Sí, gracias. Pero... ya ve en qué forma. Margot. Siento...

—Oh, no se preocupe, Barnard. En este caso, la culpa es mía por completo. Yo fui la que le arrastró hacia aquí y...

—Y su maldita curiosidad —dijo en aquel entonces una voz.

Volví la cabeza. Montague estaba frente a mí, sonriendo con la misma expresión que tendría el diablo al acoger a un condenado a la pena eterna del infierno. Sin embargo, no pude fijarme mucho en el profesor, porque el artefacto que había tras él ocupó instantáneamente toda mi atención.

Lo había visto en la proyección de los «films» que habíamos hallado en el laboratorio, pero verlo en la pantalla y al natural, eran

cosas completamente distintas y no pude evitar que mis rodillas entrecucharan ruidosamente, en tanto que las gotas de sudor empezaban a resbalar por mi cuello.

¿Qué diabólica locura había acometido a aquellos dos hombres para haber construido y montado allí uno de los aparatos más perfectos que existen para matar? ¿Qué insania se albergaba en sus podridos cerebros? ¿Qué fin tenían sus diabólicos experimentos? No iba a tardar mucho en saberlo.

Viendo aquel aparato, olvidé todo instantáneamente. Su fatídica presencia llenaba todo el ámbito que nos rodeaba y, por más esfuerzos que hacía, me resultaba imposible apartar la vista del lugar en que se hallaba, porque, ya es hora de que lo diga, aquel siniestro artefacto era, nada más, ni nada menos que una guillotina.

¡Sí, una guillotina, a la cual no le faltaba el menor detalle!

Allí estaba, pintado de rojo el armazón de madera, con el cepo para sujetar el cuello del reo y la plancha basculante en la que se tendía el cuerpo de quien debía ser ejecutado. En lo alto de la terrible máquina de matar, relucía siniestramente la triangular cuchilla de acero, aguardando únicamente a que el ejecutor pulsara el resorte que la haría caer, segando una garganta en un brevísimo lapso de tiempo.

Estábamos en un sótano de grandes dimensiones, iluminado vivísimamente por unos cuantos reflectores, cuya concentración lumínica se efectuaba sobre el diabólico artefacto, haciendo resaltar sus menores detalles. Frente a ella se veía un trípode corto que sostenía una cámara tomavistas, la cual, no lo dudé, había captado aquellas terroríficas imágenes que habíamos contemplado unos momentos antes.

—Una suave risita sonó en mis oídos.

—¿Le gusta, Barnard? —dijo el profesor.

Volví la cabeza con no poco esfuerzo, contemplándole fijamente. Pero no dije nada. Schluss andaba por allí; muy atareado, terminando de ultimar todo, y aparte de ello, sentí en mis espaldas la presencia de alguien más que nos vigilaba celosamente.

El profesor volvió a hablar.

—Mi querido Barnard —dijo—: puede comprender que usted va a ser el próximo sujeto de nuestro experimento. Naturalmente, no somos tan egoístas como para cortarle a usted el cuello sin darle

antes una explicación, que yo creo mi deber proporcionarle.

—Debiera ahorrarse las palabras, profesor —le interrumpí—. Lo que haya de hacer conmigo, hágalo pronto. Pero suelte a Margot; ella no es culpable de nada.

Montague sacudió ligeramente la cabeza.

—¡Ah, mi querido amigo; eso que usted me pide es realmente imposible! Mi sobrina...

—¡Yo no soy su sobrina, miserable asesino! —gritó la joven, excitadísima—. ¡Suéltenos inmediatamente!

—Eso es pedir la luna, Margot —contestó el profe sor—; y yo no estoy en condiciones de dártela. Le siento, pero habrás de correr la misma suerte que tu amado Barnard, sirviendo también de sujeto para mis experiencias.

A pesar del gravísimo peligro en que nos hallábamos, las palabras de Montague provocaron un instantáneo enrojecimiento de las mejillas de la joven. La miré y ella bajó los párpados, y en aquellos instantes sentí que dentro de mí estallaba, furioso y devorador, un amor sin límites por ella.

—Margot —dije—, quiero que sepas una cosa.

—Sí, Barnard.

—Ocurra lo que ocurra, no quiero morir sin decirte que te amo. Podrá parecer ridículo y hasta incongruente en estas circunstancias, pero... es la verdad.

—Gracias, Barnard. Yo también te quiero a ti. Y estando a tu lado, lo demás no me importa en absoluto.

Montague soltó una risita llena de ironía.

—¡Qué emocionante! ¡Esto no me había ocurrido jamás: asistir al último coloquio amoroso de dos condenados a muerte!

—¡Profesor! —dijo entonces Schluss—. El aparato está a punto.

—¡Un momento, Schluss! Antes debo una explicación a mis... huéspedes.

—No la necesitamos —mascullé.

—Oh, sí, sí. Barnard, usted no debe morir sin saber con qué parte contribuye a mis experiencias. ¿No sabe por qué he hecho instalar esa guillotina aquí, verdad?

—Si no es para satisfacer sus sádicas ansias de ver correr la sangre, no le encuentro otra explicación, profesor.

—Por favor, Barnard, usted me confunde. Se cree que soy un

tipo sanguinario, cuando la realidad es muy otra. Está bien, empezaré.

Montague hizo una pequeña pausa y luego reanudó su charla.

—Fíjese usted en esa cuchilla, Barnard —dijo, y su mano señaló hacia la afiladísima hoja de acero que estaba destinada a segar mi cuello—. Véala. Está exactamente a dos metros y ochenta centímetros del lugar en que se coloca el cuello del condenado. Como verá, tiene un lastre de hierro, destinado a proporcionarle un impulso suplementario, con el fin de que la sección se haga instantáneamente, y que pesa sesenta kilogramos. Al soltar el resorte que la sostiene, la cuchilla cae en un tiempo brevísimo. Du Camp lo ha calculado en tres cuartos de segundo, exactamente 075 562.

Desciende con terrible impulso, y la fuerza que tiene equivale a la de una cuchilla que pesara dieciséis mil ochocientos kilos, es decir, casi diecisiete toneladas, cayendo desde la altura de un centímetro. Naturalmente —dijo el profesor con una risita macabra—, no hay garganta que resista.

—Profesor, no se entretenga tanto —masculló Schluss, impaciente.

—Por favor, déjeme darles a estos jóvenes una explicación... que tanto se merecen. Han mostrado últimamente tanta curiosidad que... Bien, no he de hacerle la historia completa del aparato. A poco que haya leído ya sabrá, mi querido Barnard, que fue el médico francés Louis Guillotin el inventor del artefacto, con ánimo de evitar sufrimientos innecesarios a los condenados, es decir que construyó una máquina de matar rápido e indoloramente. No voy a relatarle detalles innecesarios; primero se experimentó con animales; se estrenó luego con un criminal de derecho común... y el modo con que se hizo célebre cortando las cabezas de aristócratas es harto conocido ya de todo el mundo.

—Y usted, claro —le interrumpí—, está lamentando enormemente no haber nacido en aquella época, ¿verdad?

—Oh, no, no, por favor, Barnard; no confunda las ansias de sangre con las científicas. Mis intenciones, en este caso, son muy diferentes.

»Bien, pues va a ver usted ahora en qué consisten mis experimentos. Es cosa sabida, por demás, aunque por regla general

entre el elemento médico, que una decapitación instantánea, no priva totalmente del conocimiento a la cabeza que acaba de perder su cuerpo. Todavía hay sangre en el cerebro, y mientras las células cerebrales poseen su riego sanguíneo, el conocimiento sigue. Por supuesto, después de la decapitación, la hemorragia es muy intensa y el final no se hace esperar.

»Sin embargo, hay casos en que la conciencia de lo que le ocurre al guillotinado dura hasta treinta segundos; me refiero a casos normales, naturalmente. Y como prueba de lo que digo, le citaré una anécdota. Cuando María Antonieta fue ejecutada, Sansón, el verdugo de Francia, cogió inmediatamente su recién cortada cabeza por los cabellos, estampando en su rostro un beso. La reina advirtió el ultraje y le insultó. Movi6 los labios, sí, señor, y le dijo “¡Bárbaro!”, en silencio, naturalmente.

»Esto es lo que cuenta la leyenda. Personalmente, no acabo de creer en todos sus detalles, porque, la verdad es que Sansón estaba bastante azarado y se portó muy cortésmente con María Antonieta. No dudo que enseñase su cabeza al pueblo, como era su obligación, pero tampoco creo que la hiciese objeto de aquel póstumo ultraje. Sin embargo, estoy seguro de que los labios de María Antonieta se movieron... como, por regla general lo hacen todos los guillotinado. ¿No ha visto usted una gallina decapitada de un solo golpe, que sigue corriendo unos cuantos pasos antes de caer, después de haber perdido su cabeza?

Cerré los ojos un segundo y me mordí los labios hasta hacerme sangre. Esto me convenció de que todo cuanto estaba oyendo era realidad y no producto de alguna absurda pesadilla. Pero la charla del profesor continuaba, implacable.

—Yo estoy haciendo estudios sobre lo que pasa en el ánimo de las personas cuando se dan cuenta de que acaban de cortarles la cabeza. ¿Ve esa cámara? Es para filmar el experimento, porque, naturalmente, uno no se puede fiar de su vista; la película es más segura y permite la repetición cuantas veces lo desee uno.

»Cuando la cuchilla funciona, mi ayudante Schluss toma la cabeza del sujeto de la experiencia, colocándola frente a la cámara. Por supuesto, faltan los pulmones que produzcan aire, a la manera de un fuelle, y faltan también parte de los órganos que originan la voz. Pero quedan los labios y éstos se mueven. Ahora bien, usted

sabe que los sordos “leen” las palabras que pronuncian las personas normales por los movimientos de los labios. Y yo he llegado a conseguir tal habilidad, por lo cual estoy en condiciones de saber qué es lo que dicen las personas cuando, de repente, ven que se encuentran sin el cuerpo con el cual han vivido hasta ahora.

Montague se echó a reír.

—Delkato se quedó tan asombrado que apenas si pudo decir nada. En cambio, María, la indiscreta María, me asombró. ¡Amigo, vaya lenguaje! ¿No lo ha visto en la pantalla?

Apreté los labios.

—¡Canalla! —Fue lo único que se me ocurrió decir. Pero él no hacía caso de los insultos.

—María estaba muy enfadada al verse separada de su lindo cuerpo. Me cubrió de injurias... ¡y la cosa duró casi un minuto! Uno de mis más felices experimentos, Barnard, no lo dude. Claro está que, en parte, es debido a un preparado de mi invención, que retarde la hemorragia y, por tanto, la pérdida definitiva del conocimiento. ¿Está la inyección para nuestro amigo Barnard, Schluss?

—Ahora mismo, profesor —contestó el gordo, trasteando en un rincón.

—No tema, no le hará ningún daño —siguió Montague—. Un simple y vulgar pinchazo.

—Como la que le dio a Henry —dijo de pronto Margot.

El profesor volvió la cabeza.

—No, querida; aquél era uno de mis primeros experimentos y no lo hice como piensas.

—¿Por qué lo mató?

—Porque no te mató a ti —dijo con terrible descaro—. Porque no siguió mis órdenes para matarte y así constituirse en tu heredero.

—Pero ahora, si me mata —dijo ella—, no tendrá mi dinero.

—Schluss es muy hábil con la pluma. Imitará tu letra de tal forma que nadie sabrá descubrirlo. Hubiera preferido hacerlo de otra forma, pero puesto que las cosas se han puesto así...

—Entonces fue Schluss el que, fingiéndose Henry, me escribía desde Méjico.

—Cierto. Y no sospechaste hasta que te quitamos sus cartas,

¿verdad?

Margot no contestó. Yo le dije entonces:

—¿Dónde ha sepultado sus cadáveres, profesor? También hizo desaparecer el de Delkato, ¿verdad?

El pie de Montague golpeó el arenoso suelo del sótano.

—Están aquí, debajo de nosotros. Nadie los encontrará jamás. Ni los vuestros tampoco.

—Pero así, con nosotros —objeté—, se le habrán acabado los sujetos para sus experiencias.

El profesor rió de una forma que helaba la sangre en las venas.

—Oh, en cuanto a eso, no me preocupa. Ya vendrán, ya vendrán...

Schluss se acercó en aquellos momentos, mirando al trasluz la jeringuilla que traía en las manos. El profesor rasgó mi camisa, dejando el brazo al descubierto y, un segundo más tarde, sentí el leve pinchazo de la inyección.

—No le hará perder el conocimiento, Barnard. Ni tampoco advertirá ningún efecto especial. Pero, dentro de cinco minutos...

—Están ustedes charlando demasiado —dijo, de pronto, una voz detrás de nosotros—. ¿Eran necesarias tantas explicaciones?

—¡Cállate, Dora! —Gruñó Schluss.

—¡Por favor! —terció el profesor. No trate así a su esposa. Es lógico que desee acabar cuanto antes, pero la señora Schluss ha de tener en cuenta que estamos experimentando con personas y no con ratoncillos y que, por lo tanto, nuestros cobayas humanos, tienen derecho a saber por qué mueren. Especialmente, cuando tanto han hecho por descubrirnos.

Montague calló. Mi vista, entonces, se sintió nuevamente atraída por aquel siniestro artefacto, cuya afiladísima cuchilla emitía agudos destellos. El profesor se dio cuenta de lo que pasaba y sonrió.

—Schluss, hágale una demostración a nuestro amigo Barnard. Que vea cómo funciona.

El gordo obedeció. Fue hacia la guillotina y oprimió el resorte.

La cuchilla bajó con relampagueante rapidez, de tal modo que la vista no pudo seguir su velocísimo descenso. Al llegar abajo, un sordo choque estremeció el suelo. Entonces me expliqué la causa de aquellos ruidos que había oído en anteriores ocasiones.

El sudor me empapaba ya todo el cuerpo. Era evidente que el desenlace se estaba precipitando. Con los ojos desorbitados, vi a Schluss moviendo el mecanismo de ascenso, elevando la cuchilla hasta su posición inicial. Luego, con tranquila indiferencia, tomó un pincel y un pote de grasa y empezó a lubricar las ranuras por las cuales corría el lastre.

Montague consultó su reloj y dijo:

—¡Bien! Creo que ha llegado ya el momento.

Schluss abandonó sus trastos y se vino hacia mí, después de haber puesto en funcionamiento la cámara cinematográfica que iba a firmar mi decapitación. Me hicieron poner en pie y entonces me di cuenta de que tenía les tobillos atados, pero no tanto que no pudiera dar unos cortos pasitos. Las manos estaban sólidamente ligadas a la espalda.

—¡Barnard! —gritó Margot, forcejeando desesperadamente para romper sus ligaduras. Pero estaba perfectamente atada a la silla y, además, las manos de Dora la sujetaban por los hombros. Consciente de la inutilidad de sus esfuerzos, Margot rompió a llorar.

En aquel momento percibí un ruidito extraño a mis espaldas. No podía saber lo que era, pero una minúscula chispita de esperanza invadió mi corazón.

Schluss lanzó un grito.

—¡Cuidado, Dora!

## CAPÍTULO XIX

En el mismo momento, oí crujir unos huesos. Haciendo un sobrehumano esfuerzo, conseguí volver a medias la cabeza y vi a la señora Elliwan, en pie junto a la silla, empuñando un revólver con el cual había golpeado a la cocinera. Dora yacía en el suelo, inanimada, y el ama de llaves estaba ahora cortando las ligaduras que sujetaban a la joven.

Schluss lanzó una atroz maldición. Me soltó y se arrojó contra, el ama de llaves. Ésta le increpó:

—¡Maldito! ¡Malditos todos! ¡Matasteis a mi Henry... al niño que yo había criado desde que nació... y ahora queráis hacer lo mismo con su esposa! ¡Pero no os lo consentiré! ¡Antes...!

El cuchillo que había traído la señora Elliwan debía estar muy afilado porque casi al momento vi levantarse a Margot. Pero Schluss estaba ya encima del ama de llaves.

Sonó un disparo y el gordo se estremeció horriblemente. Otra detonación estalló, y ya no vi más de aquella lucha que continuaba feroz, implacable, porque Montague, ciego, sordo a todo lo que no fuera la consecución de sus maniáticos planes, me arrastraba hacia la guillotina.

¡Y yo, atado de pies y manos, no podía resistirme!

Paso a paso, me fui acercando, con los ojos desorbitados, hacia la plancha basculante donde mi cuerpo se extendería antes de recibir el golpe fatal. Intenté resistirme, pero mis esfuerzos resultaron totalmente estériles.

Ya no me separaba más que un paso del fatídico artefacto. Un segundo más y...

En aquel momento, un fuerte empujón me derribe por tierra. Me golpeé un pómulo contra el pavimento, pero aún tuve fuerzas para

revolverme sobre mí mismo.

Margot acababa de deshacerse de las ligaduras de los pies en el último instante y, no pudiendo hacer otra cosa, había empujado a la pareja que formábamos el profesor y yo, para apartarnos de la guillotina, Montague me soltó al perder el equilibrio.

Trató de recuperarlo, levantando los brazos a lo alto como si quisiera buscar algo donde asirse. Vaciló terriblemente y al fin... ¡cayó sobre la plancha!

El largo tablón basculo inmediatamente. Montague lanzó un agudísimo grito al darse cuenta de la horrenda situación en que se hallaba, pero no tuvo tiempo de evitar el desastre.

El cepo cayó, sujetándole el cuello. Como tenía las manos libres, se movió, tratando de liberarse de aquella mortífera trampa. ¡Y entonces, inadvertidamente su mano derecha tocó el resorte!

Desde el suelo, donde me hallaba, vi caer la cuchilla con terrorífica velocidad. Fue un ruido siniestro el que oí, que me puso todos los cabellos de punta, como si cortara un pan en sentido inverso, es decir la miga primero y la corteza después, un sonido que jamás podré olvidar por muchos años que viva.

El suelo se estremeció al mismo tiempo que la cabeza de Montague saltaba por los aires, cayendo a medio metro de mi rostro. Vi moverse sus párpados rápidamente, vi sus labios abrirse y cerrándose, intentando pronunciar quién sabe qué horrendas imprecaciones y luego, después de unos segundos inacabables, la expresión de odio y horror al mismo tiempo se heló de su rostro.

Entonces fue cuando acudió Margot hacia mí, cortando mis ligaduras con el cuchillo que trajera la señora Elliwan. Me puse en pie, tambaleándome como un borracho y luego miré el espantoso cuadro que había en nuestro alrededor.

Schluss y el ama de llaves debían haber muerto, porque no se les veía ningún movimiento. La sangre que fluía de sus cuerpos indicaba sobradamente la suerte que habían corrido; y en cuanto a Dora, yacía exánime, con una enorme brecha en un lado de su cabeza.

Aquello era demasiado horroroso. Tomé a Margot por el talle y la empujé.

—¡Vámonos, vámonos de aquí! —exclamé.

Echamos a correr. Atravesamos una puerta y entonces me di

cuenta de que estaba en el cuarto de la dinamo. Había, pues, un acceso secreto que era por donde el ama de llaves había penetrado.

Cruzamos el umbral y en aquel momento un horrible grito nos hizo volver la cabeza.

—¡Mira, Barnard! —exclamó Margot.

Dora se había incorporado y en sus ojos brillaba una furia demoníaca. Vacilaba espantosamente, en tanto que la sangre le corría por un lado de la cabeza en abundancia, y en su mano sostenía la pistola con la cual su esposo y el ama de llaves se habían acibillado mutuamente.

Disparó contra nosotros, fallando el primer tiro. La mano le temblaba pero era evidente que trataba de asegurar su puntería.

Busqué con la vista algún arma con la cual responder a sus disparos. No vi otra cosa que uno de los bidones de combustible y, sacando fuerzas no sé de dónde, conseguí levantarlo un poco y arrojárselo.

Dora no consiguió esquivarlo más que a medias. Y cayó de lado, junto a la lata, en el momento en que apretaba el gatillo.

Pero el golpe recibido la había hecho perder la puntería. La bala perforó el metal del bidón y en el mismo instante, una atronadora explosión, seguida de una feroz llamarada, sacudió la casa.

—¡Vámonos, vámonos de aquí! —gritó Margot, espeluznada por los inhumanos gritos que salían de la antorcha viviente en que se había convertido la cocinera.

Espoleados por el horror, trepamos la escalera de salida y alcanzamos la puerta. Unos segundos más tarde, los demás bidones de combustible empezaron a estallar.

Huimos, huimos alocadamente, sin saber hacia dónde nos encaminábamos, tropezando con todas las piedras, las salientes raíces de los árboles, desgarrándonos las ropas... Pero sabíamos que escapábamos del mundo de pesadilla en que tanto tiempo habíamos vivido.

No puedo precisar el tiempo que transcurrió. Sólo sé que, cuando exhaustos, jadeantes, incapaces de dar un paso, nos detuvimos para recobrar el aliento, los dos volvimos a la vez la cabeza y vimos, a lo lejos, sobre el alba nubosa que ya se acercaba, arder por los cuatro costados aquella mansión de horror.

Pero aquella columna de rojo fuego que subía a una altura

incalculable, tiñendo de escarlata las nubes, era el anuncio de nuestra liberación y del comienzo de una vida mejor para ambos, libres y unidos al fin para siempre.

FIN

APARECERA LA PROXIMA  
SEMANA EN ESTA COLECCION

Mikky Roberts  
**¡Plástico!**

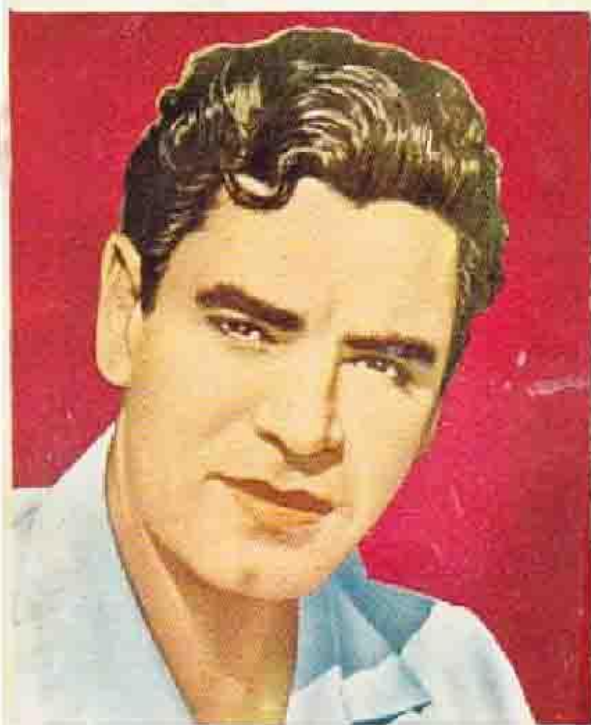


Precio:  
7 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

## • Anthony Steel

Nacido en Londres el 21 de mayo de 1920, actuó en el teatro antes de debutar en el cine, donde ha destacado en películas tales como: "Buitres en la selva", "Al oeste de Zanzibar", "Tempestad sobre el Nilo", "Harry Black y el tigre", etc



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORE LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

N.º 1469